# DESTRUCTORES DE MUNDOS

ALF. REGALDIE.




Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Alf. Regaldie

# DESTRUCTORES DE MUNDOS

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

## PERSONAJES

Profesor Añúa.- Científico español.

Crisanto Díaz de La Vega, Cris.- coronel de Servicios Estratégicos.

Carmelita Garrido.- Bella prometida de Cris.

Comandante Barcia.- De Servicios Estratégicos.

Luisa Barrena.- Capitán de Servicios Estratégicos.

Capitán Monterroble.- De Servicios Estratégicos.

Bao Duconte.- Jefe de Estado de Bradiland, país del planeta «D-7».

Frieda.- Bella joven de Bradiland.

M.-205.384.- Extraño ser de la raza de los destructores de mundos.

Comandante Brand.- Del Ejército del Aire.




## CAPÍTULO I

## SALIDA HACIA EL INFINITO

Un helicóptero de bruñida superficie se acercaba lentamente al horizonte marino. El aparato, además del piloto, llevaba dos viajeros. Uno de ellos, a pesar de ir sentado, se le adivinaba alto y bien constituido; pero no era esto lo que le prestaba un aspecto impresionante, sino su cabeza, que llevaba erguida y en la que destacaba la frente, amplia, despejada, poderosa, y sus ojillos, claros y penetrantes en los que brillaba la inteligencia y una singular agudeza. El resto de sus facciones eran incorrectas y más bien feas, pera había en él tanta simpatía y tal vitalidad, que su fealdad no se percibía, borrada por la poderosa personalidad que dimanaba de él. Se adivinaba en él al hombre de ciencia, al intelectual de pujanza y pese a que el pelo comenzaba a

blanquearle por los aladares, el aspecto de su rostro era juvenil por su cutis de sano color y sin ninguna arruga.

El segundo pasajero era mujer. Joven, de peregrina belleza, pese a verse constreñida al reducido espacio de que podía disfrutar en la cabina del helicóptero, dimanaba su personalidad dinamismo y gracilidad; pero lo que más destacaba de su persona eran las manos, unas manos finas que parecían jugar en el aire como palomas, y su abundante cabellera de tono cobrizo enrojecido por el fuego y que, herida por la luz, destellaba tal que si tuviera luz propia. Se llamaba Carmelita Garrido y tenía escasamente veintitrés años, era la ayudante del profesor Roberto Añúa, su acompañante, y ambos vivían la iniciación de la aventura con la que llevaban bastante tiempo soñando y que, al fin, había cristalizado.

Hallábanse en la mitad del siglo XXVII y había sido cumplidamente rebasada la etapa de los grandes cohetes exploradores del espacio; en veloces aeronaves que rebasaban las esperanzas que se habían puesto en ellas se había logrado llegar hasta los planetas Venus, Marte y Júpiter, estableciéndose colonias en unos, los más atrasados, llevando a ellos la avanzada civilización que se vivía en la Tierra; intercambiando en otros lugares que podían rivalizar en civilización con la Tierra, las ideas y los adelantos. Sin embargo, los espacios interplanetarios continuaban siendo una incógnita sin resolver, pese a las teorías emitidas y generalmente aceptadas sobre él. Por una serie de limitaciones técnicas que no se habían logrado resolver hasta entonces, las aeronaves que cruzaban los espacios siderales habían tenido que ser «ciegas» a la observación de los mismos ya que habían tenido que ir herméticamente cerradas; pero el logro de lentes de metal transparentes, capaces de soportar el choque con los fenómenos atmosféricos más violentos, e incluso con los meteoritos que cruzaban los espacios a velocidades fantásticas, iban a permitir la observación, descorrer el velo tras el cual había algo que intrigaba vivamente a la humanidad.

La Isla Interplanetaria *Pigmalión*, donde se habían reunido todos los adelantos y experiencias de la época en materia de viajes interplanetarios y que contaba con un completísimo observatorio astronómico, poseedora del primer lente moderno de metal cristalizado, de doce metros de diámetro, se hallaba dispuesta para iniciar su primer vuelo de observación llevando al escogido grupo de científicos que el propio profesor Añúa había seleccionado.

Carmelita Garrido señaló con su blanca diestra hacia el horizonte marino. Había alegría en su expresión y el profesor Añúa siguió con la mirada la dirección que marcaba Carmelita.

-¡Ya estamos cerca, profesor! ¡Qué hermoso es todo esto! ¡Es como si viviese el más hermoso de los sueños!

A lo lejos, una masa casi uniforme rebrillaba, cabrilleando a los nacientes rayos del Sol; más cerca, la masa, transparente, viva, penetraba dulcemente la arena, jugueteando con ella, arrastrándola consigo. Resaltaba luego, frente al azul inmenso, el perfil que ascendía lentamente, con pereza de tierra cálida, hasta morir en una meseta amplísima y que parecía sedienta, sin una sola nota verde en ella.

Luego, de una forma casi brusca, aparecía la pequeña ciudad, cuya parte visible era casi toda metálica y en la cual se hallaban las dependencias de aquella importantísima base aero-naval, cuyas otras dependencias y factorías se hallaban a bastantes metros bajo tierra, a cubierto de los posibles bombardeos de tipo atómico. Y en la base de la Ciudad, cortando la masa líquida, se hallaba el amplio puerto, de gran calado, lleno de cuevas submarinas donde, en un momento de peligro, podrían hallar refugio las unidades y donde, fuera del alcance del enemigo, se podían abastecer para salir a la batalla.

Frente a uno de los muelles, balanceándose en las aguas, la isla interplanetaria, y frente a ella, en el muelle, se notaba el rebullir de las gentes, mujeres, ancianos y niños en su mayoría, venidos de las comarcas vecinas unos, familiares del elemento oficial que residía en la ciudad, el resto; y todos ellos, dispuestos a presenciar hasta el último momento la salida, a la que se le daba, y en realidad lo tenía, el carácter de acontecimiento,

Un verdadero cordón de uniformados agentes impedían que la jubilosa e interesada multitud invadiera el terreno donde se hallaba el elemento oficial, lugar en que se hallaban aparcados los brillantes automóviles movidos por energía atómica que les habían traído y donde debía tornar tierra el aparato que traía al profesor Añúa y a su gentil ayudante, a los cuales aguardaba la *Pigmalión* para iniciar su despegue.

Al posarse suavemente el helicóptero en tierra, una vibrante ovación recibió al profesor Añúa, cuya relevante personalidad científica era admirada por todos, y apenas el pie en tierra, y mientras la música lanzaba al aire las

vibrantes notas del himno nacional, la Comisión destacada por la Unión de Naciones Ibéricas, patrocinadoras de la expedición, se adelantó a recibir al sabio, deseoso cada miembro de estrechar su mano, de significarse a su lado antes de iniciarse la científica aventura...

* * *

La *Pigmalión*, con su grupo de científicos, los auxiliares de éstos y su tripulación, con su deslizarse majestuoso en vuelo que llegó a ser casi vertical, fue perforando las capas atmosféricas cada vez más ligeras, perdiendo de vista lentamente en el espacio a la Tierra. Su velocidad, sobre ser fantástica, a más de 18.000 kilómetros por hora, iría aumentando a medida que la atmósfera se fuese enrareciendo, y una vez vencida la gravedad de la Tierra iría aumentando hasta llegar a la velocidad crucero de 175.000 kilómetros hora, que aun se podrían superar en caso de necesidad.

Y apenas si llevaban tres horas de vuelo cuando Carmelita Garrido, pendiente de sus aparatos de observación, se dirigió al profesor Añúa:

-No lo entiendo, profesor, o voy perdiendo la vista o es que se hace de noche rápidamente, y sin embargo, no debiera ser, entre otros motivos, porque al salir hemos puesto proa noreste y continuamos manteniendo el rumbo, y en la Tierra, en estos momentos, escasamente serán las nueve de la mañana. Me refiero, naturalmente, a la parte de donde hemos salido...

-¿También lo ha observado usted? -respondió el profesor Añúa retirándose de su telescopio.

-¿Qué quiere decir, profesor?

-No es que se hace de noche. Es que el espacio que atravesamos tiene menos luz por la falta de concentración del aire. Y no sólo es luz lo que nos falta, sino calor. A no ser por las instalaciones de acondicionamiento de la temperatura, pese a la fricción del aire contra la superficie de nuestro aparato que al principio elevó la temperatura, habríamos muerto de frío, ya que en la zona que atravesamos la temperatura se acerca bastante al «cero» absoluto, es decir, a los doscientos setenta y tres grados centígrados bajo cero...

-¡Pues aún no estamos lo bastante lejos del Sol como para que suceda eso!

-Hay algo de lo que nunca le había hablado, algo que, incluso entre nosotros los especialistas, nos abstenemos de mencionar, aunque lo sospechábamos hace bastante tiempo, que parece confirmarse según mis

propias observaciones también. Es algo que, con los actuales medios de observación en pleno viaje, con estos transparentes metálicos en el fuselaje y que nos permiten unas observaciones más completas, más inmediatas, va a revolucionar toda una serie de conceptos...

Hablaba el profesor Añúa con acento solemne, llegando a impresionar a Carmelita que le dirigió una interrogadora mirada;

-¿Qué es ello, profesor?

-Es un problema tras el que andamos hace siete siglos casi y que al principio promovió grandes polémicas, haciendo que, a los primeros que intuyeron el fenómeno, se les tachara de locos, visionarios y otras lindezas por el estilo, convirtiéndose muchos de ellos en el hazmerreír, no sólo de sus compañeros, sino del vulgo, al cual volcaron sobre ellos. Esto ha hecho que de forma tácita se haya guardado silencio últimamente en espera de estos momentos que comenzamos a vivir. Naturalmente, esto, ni a mí ni a muchos de mis colegas, nos pillará de nuevo. Es cosa admitida de antiguo que el Sol es una masa fluida e incandescente de constitución metálica, y de todo ello no es cierto seguramente más que la última parte. Se le considera como un inmenso globo continuamente en ignición, y de ser así, cuanto más se ascendiera en nuestra atmósfera, sobre todo en dirección a él, se debería tener más calor y más luz y, sin embargo, no es así. En avión, en cuanto se vuela a más de mil metros de altura, se tirita de frío a menos que la cabina esté debidamente acondicionada y se lleve ropa adecuada; y tampoco debiera suceder esto, puesto que se esta más próximo al globo de fuego.

-En ocasiones he pensado en eso, he tratado de hallar explicación a cosas que no veía claras, pero después de darle vueltas a una serie de lugares comunes, no he sabido en realidad a qué achacar tal fenómeno. Se me ocurrió pensar en tales cosas una vez que repasé las impresiones del físico Monechenk al elevarse en un globo a más de veinticuatro mil metros. De esto hace siglos y decía que el cielo se les había ennegrecido tal que si un velo siniestro cayera envolviendo al Sol. Decía también que sintieron frío, que pronto el termómetro se puso por debajo del cero hasta los sesenta grados y que, a medida que se elevaban, la noche más negra los cercaba... -expuso Carmelita.

-Justamente fue ese el punto de partida de las nuevas ideas. Si el Sol nos enviase ondas caloríferas, aunque al partir alcanzasen los ocho mil grados

que se les achacan, ¿cómo cree usted que llegarían después de un viaje de aproximadamente ciento cincuenta millones de kilómetros a través de un ambiente donde domina el «Cero» absoluto, es decir, los doscientos setenta y tres grados bajo cero que antes señalaba?

-Es cierto, profesor. El calor, valga la frase, debería llegar completamente helado, por paradójico que resulte.

-Exacto. Y sin embargo, cuanto más a nivel del mar nos hallamos, sentimos más el calor y hay más luminosidad en la atmósfera, ¿no es eso? Pero en las altas montañas, sin embargo, aun con tiempo claro, parece que esté uno envuelto en una especie de velo y los perfiles no son tan claros, tan rotundos como en las tierras bajas. Cuantos han escalado montañas de más de cinco mil metros dirán que, en buen tiempo, en verano, el cielo es casi negro y que el Sol parece más pequeño, pudiéndosele mirar unos instantes sin sentir molestia en la vista como ocurre a menores alturas. Al principio se achacó tal cosa a fenómenos ópticos y de refracción, pero todo eso ha de quedar necesariamente descartado. Todo ello indica que el Sol, el astro metálico, lo que produce y envía a la Tierra y a los demás planetas, son ondas electromagnéticas, que no son en sí mismas calor ni luz. Pero estas radiaciones, al atravesar nuestra atmósfera, hacen vibrar en resonancia las moléculas de los gases raros que se encuentran en ella, tales como el neón, el xenón, el criptón y otros, los que, vibrando con sus particulares frecuencias, producen la luz y el calor. Así, pues, el Sol es un astro frío y oscuro, por lo que, a medida que nos separamos de la atmósfera, el cielo se nos aparece negro; y si vemos los planetas y astros en la distancia, es gracias a las capas atmosféricas más o menos débiles que les envuelven. Y la débil luz que nosotros aún percibimos, más en unas zonas que en otras, se debe a que el vacío absoluto, tal como se pensaba antiguamente que existía, no existe, con lo cual, las radiaciones electromagnéticas, en su largo desplazamiento, encuentran, pocas o muchas, partículas susceptibles de vibrar en resonancia con ellas...

-¡Me deja asombrada, profesor!

-Hay muchas cosas a lo largo de la vida que nos dejan asombrados y que son muestra de nuestra propia pequeñez. Por mi parte, tan pronto como compruebe tales teorías, no tardaré en lanzarme a estudiar la forma en que tal realidad pueda servirnos. Ahora no tengo la menor duda del porqué del

fracaso de los grandes espejos interplanetarios cuando se les usaba a excesiva distancia de la atmósfera; y no fracasaban más rotundamente porque en parte, reflejaban también las ondas electromagnéticas concentradas que, al contacto, una vez cerca de la Tierra con las consabidas partículas gaseosas, cumplían su misión...

-En este momento estoy como anonadada. Cuesta creer que las verdades que se tenían por incontrovertibles, se derrumben de esa forma -manifestó Carmelita.

-Pues así es, hija mía, y créame que no lo siento, porque ya iba estando harto de gente pedante y sin originalidad, Cuando llegue a una más exacta comprensión del fenómeno, no tenga reparo alguno en exponerme las dudas que se susciten en su mente. Ello será la mejor prueba de que se halla en condiciones de comprender y luego de colaborar en lo que preparo.

-Es usted inmensamente feliz en este momento, profesor.

-¡Claro que sí, muchacha! Ni en mi infancia fuí así de feliz cuando me trajeron los primeros juguetes que recuerdo...

-Exactamente es esa la sensación que he percibido. Me parecía verle en este momento con unos juguetes maravillosos y que usted era un niño.

-¡Precisamente! La humanidad es eso. Lo malo es que de mayores se juega con cosas demasiado serias y que muchos juguetes peligrosos se ponen en manos no aptas y vienen las calamidades.

-Según esa teoría cuya confirmación ha encontrado, los planetas más alejados del Sol, ¿tienen luz y calor suficiente? ¿Puede existir la vida en ellos tal como nuestras mentes la conciben?

El profesor Añúa sonrió complacido.

-Veo que va comprendiendo. Pueden tener luz y calor suficientes en la medida que lleguen a ellos las radiaciones electromagnéticas, que, como todo, se irán diluyendo en el espacio; y en relación, directa también, con la existencia de gases susceptibles de vibrar a tales radiaciones que posean las respectivas atmósferas. Así, Plutón, al que hemos creído sumido en el reino de las sombras, puede tener luz y calor y poseer vergeles como los que tenemos en la Tierra.

Carmela meditó unos instantes, asomando luego a su rostro una expresión un tanto burlona;

-Imagino las expresiones de algunos personajes cuando lleguen a

saberse, debidamente confirmadas, tales cosas. Supongo que algunos, ni se atreverán a levantar la vista del suelo.

-No lo crea. Procurarán ignorar el hecho y se encerrarán en su torre de marfil. Se han dado ya casos de estos. Otros batallarán y opondrán argumento tras argumento a nuestra evidencia.

-A esos bastará con hacerlos subir en este observatorio nada más que hasta los 60 o los 70.000 kilómetros.

-No querrán subir, preferirán aferrarse a sus ideas equivocadas a pesar de que se van a encontrar con el vacío científico; pero es que les resultará más doloroso admitir las nuevas ideas cuando han dedicado toda una vida a combatirlas y hacer escarnio de los que trataban de hallar la verdad. ¿Usted se imagina a aquellos sabios que vaticinaban el final de la Tierra por enfriamiento paulatino del Sol? Pues cuando en principios de la Era Atómica se demostró que el Sol era una fuente inagotable debido al proceso que se desarrolla en el interior de los átomos, que liberan energías mucho mayores que las que son posibles por medio de procesos químicos, hubo quien llamó a los investigadores que descubrieron tal cosa, farsantes, aunque luego, para no tener que aceptar el hecho, abandonaron sus sillones en las Academias. Le podría relatar algunas anécdotas bastante sabrosas de este tipo. La soberbia del hombre va en razón directa con su ignorancia y con el cuadrado de su pedantería...

Y Carmela rió de buena gana la Salida del profesor.

* * *

La isla-observatorio *Pigmalión* había rebasado cumplidamente las órbitas de los planetas conocidos entonces, tal como Marte y Júpiter, así como los asteroides situados entre ellos, rebasando también la de Saturno, penetrando en la zona que se había considerado hasta entonces como principio del «reino de las tinieblas», entre los planetas Urano y Neptuno. Las teorías expuestas por el profesor Añúa a Carmelita habían ido recibiendo confirmación y el grupo de sabios reunidos en la isla interplanetaria trabajaba intensamente, resolviendo el sin fin de problemas que los nuevos descubrimientos planteaban, tratando de bucear en los nuevos mundos que, gracias a la magnífica lente de que disponían, se iban poniendo a su alcance, mundos más allá del sistema Solar e incluso de la galaxia.

En la oscuridad total en que había quedado sumida la sala de

proyecciones del observatorio surgió un cono de luz, proyectándose en la pantalla; pudiéronse apreciar en tal momento dos siluetas, una femenina, masculina la otra, moviéndose en torno al cono de luz; en la pantalla se proyectó la sombra de una mano fina, de ágiles dedos, apareciendo con ella la proyección de un positivo en el que se podían apreciar nubosidades ricas en claroscuros, masas inconcretas, pequeños focos luminosos...

-¿Puede un planeta desaparecer, ser destruido, profesor?

-¿Por que lo dice? ¿También ha observado usted la desaparición de «S-17»?

-Precisamente por eso. En el positivo que proyectamos anteriormente y que fue tomado hace setenta y dos horas, aparecía «S-17» con toda claridad. Sin embargo, en éste, tomado cuarenta y ocho horas más tarde, no se le ve, a pesar de ser una fotografía perfecta, como hacía días que no lográbamos ninguna.

-El profesor Añúa, cuyas expresivas facciones quedaban en parte débilmente iluminadas por el cono de proyección, meditó unos instantes:

-No es muy probable, pero sí es posible. Se han dado casos, aunque no precisamente con planetas, sino con cometas, los que por su poco peso son lanzados de un lado a otro por el Sol, por otros astros o por los planetas pesados que parecen divertirse jugando con ellos tal que si fuesen pelotas. Tal es el caso ocurrido hace ocho siglos a un cometa conocido por el nombre de su descubridor: Brooks. Se acercó tanto al planeta Júpiter, que su órbita sólo quedó distanciada de este en una magnitud igual a su diámetro. Con ello, y a consecuencia de la fuerza de atracción de Júpiter, resultó tan modificada su trayectoria, que quedó retenido por el planeta durante más de dos años y posiblemente hubiera permanecido así hasta la eternidad de no haber chocado con varios satélites del planeta, con lo que el cometa quedó deshecho en pedazos.

-¿Y a los satélites, qué les ocurrió?

-Nada por lo reducido de la masa del cometa, formada por una acumulación de sustancias gaseosas o en estado de polvo que en la mayoría de las ocasiones no es lo suficientemente compacta para causar daño.

-¿Puede haberle ocurrido algo así a nuestro «S-l7»?

-Puede. Si tenemos en cuenta que las estrellas recorren centenares de kilómetros en un segundo, no se debe rechazar la hipótesis. Y por contra,

debemos pensar en el equilibrio que existe en el Universo entre los cuerpos de peso y en las enormes distancias que los separan entre sí, a tal punto que los espacios siderales poseen desiertos de centenares de miles y aun millones de kilómetros, distancias difíciles de concebir para nosotros los seres humanos, aun para los que nos dedicamos a explorar tales espacios. Para que un planeta como «S-17» llegase a desaparecer, habría de ser abordado por otro de bastante más peso que él.

-Cabe que «S-17» fuese una masa gaseosa y que su atacante fuese bastante más compacto.

-La realidad es que por estar excesivamente alejados no hemos tenido tiempo de estudiar a «S-17»; apenas si habíamos logrado medirlo y no se le había «pesado». La verdad es que no hemos tenido tiempo de saber cómo era, si bien confío en que llegaremos a localizarlo de nuevo... a menos que haya sido víctima de una catástrofe. Pero tales accidentes no se dan con frecuencia. Desde lo ocurrido al cometa Brooks, en el siglo XIX a nuestros días, escasamente se ha repetido el caso; uno, no comprobado, a mitad del siglo XXII, otro en el Siglo XXV y otro en el primer tercio del siglo pasado... sin embargo, el equilibrio puede ser roto por cualquier causa simple. Por ejemplo, la aglomeración excesiva de peso por concentración de hielo en una parte de un planeta, los corrimientos de los continentes y otras diversas causas. No hace muchos siglos se observó algo irregular en la rotación de nuestro globo; daba «pasos en falso» y para restablecer el equilibrio que podría haber conducido a una catástrofe, hubo que «descargar» el Polo Sur, haciendo saltar con bombas atómicas la gran barrera de los hielos antárticos y que posteriormente comenzó a formarse de nuevo, si bien por el presente no constituye un peligro.

-¡Es asombroso! -respondió la muchacha.

-Hay muchas cosas asombrosas si las comparamos con nuestra insignificancia física o con la fugacidad de nuestro paso por la vida; pero ¿qué significa todo eso en la inmensidad del Universo, en la grandiosidad de la Creación? ¿Qué en los millones de años, en la eternidad del tiempo?

La voz del profesor Añúa parecía haber adquirido volumen en contrapeso con el silencio reinante en la sala y dependencias contiguas, verdadero templo de la ciencia, y Carmelita Garrido se sintió como abrumada ante el tiempo y el espacio...

Mientras tanto, los observadores electrónicos de funcionamiento automático, en su continuo sondeo del espacio, habían chocado con cuerpos que les resultaban extraños y sus voces metálicas lanzaron el aviso, rompiendo el silencio y poniendo en conmoción a científicos y tripulantes de la isla:

-¡Atención! ¡Cuerpos extraños en el espacio! ¡Atención, observadores! ¡Cuerpos extraños en el espacio!

Automáticamente, las emisoras del «radar» y los detectores ultrasónicos se pusieron en funcionamiento y a no mucho tardar, los especialistas humanos vieron reflejadas en las respectivas pantallas las siluetas, borrosas aún, de una escuadrilla de aeronaves, captándose prontamente las emisiones de ondas que realizaban tales unidades, buceando a su vez en el espacio, tratando de captar el, para ellas, cuerpo extraño que significaba la isla.

En la cabina de mando de la isla, el comandante Brand, junto a sus ayudantes, observó por unos instantes el fenómeno e inmediatamente se dirigió al radiotelegrafista que se hallaba pendiente de sus órdenes;

-Emita nuestra contraseña y pida que se identifiquen, Esto resulta un tanto extraño. Este sector de vigilancia corresponde a nuestras fuerzas de Servicios Estratégicos y no reconozco en esas líneas que se ven ahí ninguno de sus modelos usuales de aeronaves.

El radiotelegrafista cumplía con febril celeridad la orden del comandante, emitiendo la contraseña y pidiendo la identificación, y Brand, sin perder la serenidad, se dirigió al micrófono de órdenes:

-¡Atención, baterías de rayos desintegradores! ¡Dispuestos para la acción! ¡Tiendan barrera protectora de rayos «DOX»! ¡Atención mis torpedistas! ¡Carguen los tubos 3 y 4!

-¡No responden, señor! -comunicó el radiotelegrafista.

-Está bien. Póngase en comunicación con las patrullas de Servicios Estratégicos, déles nuestra posición y pida auxilio. No pueden andar muy lejos de nosotros...

Mientras el comandante Brand tomaba las medidas que consideraba necesarias para la defensa de la isla-observatorio, el grupo de científicos, justamente alarmado, se había reunido en la pequeña sala que destinaban a conferencias y cambios de impresiones.

-¿Qué puede suceder? -interrogó uno de ellos dirigiéndose al profesor Añúa.

-Sé tanto de eso como usted mismo. Y no quisiera molestar al comandante Brand en unos momentos que pueden ser de peligro. Aguarden aquí un momento y voy a ver...

-Pero no fue preciso que saliese, pues los micrófonos extendieron una orden del comandante Brand:

-¡Atención los no combatientes! ¡Reúnanse en el compartimiento central!

-En aquel momento sonaron dos furiosos chasquidos, seguidos de fuertes explosiones, y la isla, pese a su tamaño y peso, resultó violentamente sacudida, viéndose los científicos, que se encaminaban hacia el lugar que se les había designado, lanzados por el aire, primero, para caer en confuso montón después. Se produjeron gritos de dolor y de sorpresa y por unos instantes la isla quedó a oscuras...

# CAPÍTULO II
## ALEVOSO ATAQUE

Los avisadores electrónicos no tardaron en acusar las averías, señalándolas con precisión en la pantalla adecuada y el Comandante Brand, que también había sido arrojado al suelo en la sacudida experimentada por la isla, al levantar la vista hacia la pantalla no pudo evitar un gesto de disgusto:

-¡Han logrado averiarnos una de las pilas atómicas!

Dos nuevas sacudidas seguidas de los correspondientes truenos cortaron la voz al comandante; pero esta vez se hallaba aferrado y poniéndose rápidamente en pie, estudió rápidamente en la pantalla del «noiteleran» la situación de la isla con relación a las aeronaves agresoras y pulsó uno de los mandos electrónicos, corrigiendo el rumbo de la *Pigmalión*, para seguidamente ordenar:

-¡Tubo número 3! ¡Fuego! ¡Tubo número 4, fuego!

Los avisadores electrónicos aumentaron su estrépito, señalando las nuevas averías y Brand, sintiendo que la *Pigmalión* se había ladeado sensiblemente, ordenó a los mandos electrónicos;

-¡Compensar rápidamente! ¡Aislar las zonas averiadas y buscar inmediatamente el equilibrio! ¡Si no se logra inmediatamente, no tardaremos mucho en saltar hechos trizas, quedando convertidos en un poco de inservible gas!

La segunda parte de las órdenes había sido dirigida a la oficialidad encargada de vigilar el cumplimiento de las mismas y Brand, seguro de que había sido comprendido y de que sería obedecido, se dirigió personalmente a los controles remotos de los dos torpedos que habían sido lanzados al espacio y que habían aparecido en la pantalla del «noiteleran», avanzando a una velocidad fantástica, superior a los 600.000 kilómetros por hora. Tomó Brand el mando de los torpedos, dirigiéndolos con la vista fija en la pantalla, y al notar que las aeronaves enemigas, cuyas siluetas aparecían cada vez más precisas, corregían el rumbo tratando de seguir el nuevo que había imprimido a la *Pigmalión*, ordenó:

-Pongan en funciones los «drapers» para desvirtuar la detección del enemigo.

Segundos después, una vez comprobado el funcionamiento de los «drapers», tornó a corregir el rumbo de la isla, cerciorándose de que no había

sido advertido por el enemigo e inmediatamente hizo una leve corrección en la dirección de los torpedos, a los que había sacado de lo que consideraba línea de detección enemiga, para lanzarlos ya directamente al blanco desde una relativamente corta distancia.

Dos nuevos trallazos sacudieron, pero esta vez levemente, a la isla, reflejándose ambos con fuerte centelleo en una de las pantallas, e inmediatamente, viendo Brand que los torpedos llegaban al enemigo, los hizo explotar por medio del control.

La pantalla del «noiteleran» señaló con dos puntos fuertemente luminosos las dos explosiones, próximas a las aeronaves enemigas, y tres de ellas desaparecieron en el espacio sin dejar huella.

De nuevo acusaron los detectores de la isla el desesperado buceo de las aeronaves enemigas por hallarlos; pero el buen funcionamiento de los «drapers» lo esquivaron y Brand, corrigiendo de nuevo el rumbo de la *Pigmalión*, la fue acercando velozmente hacia las restantes aeronaves enemigas que no cesaban de realizar sus disparos un tanto al azar, engañados por las falsas posiciones que daban los «drapers».

No cesaban en tanto los avisadores electrónicos, señalando insistentemente las averías, los cortocircuitos que se habían producido, los pequeños incendios interiores a los que acudían rápida y silenciosamente los mecanismos automáticos dirigidos electrónicamente, tratando de repararlos bajo la vigilancia y con la ayuda de los especialistas humanos.

Pero Brand, en aquellos instantes de prueba, sólo tenía oídos para el medidor que señalaba las distancias, aguardando el momento de que las aeronaves enemigas, al flanco de las cuales se había colocado, quedaran a tiro de sus rayos desintegradores.

Las voces metálicas, monótonas, indiferentes, señalaban:

-¡Treinta mil...! ¡Veintiocho mil! ¡Veintidós mil!

Pese a su gran serenidad se podía haber observado una crispación en el cuerpo del comandante Brand, y la voz metálica señaló:

-¡Veinte mil!

Los disparadores automáticos fueron ordenados desde el puesto de mando y el espacio que separaba a los dos enemigos fue recorrido con la velocidad de una exhalación por una leve estela; fueron solamente milésimas de segundo y se produjo un fugaz destello al choque con los cuerpos atacados

y éstos quedaron desintegrados instantáneamente, quedando en el espacio unas leves nubecillas de humo que señalaban la posición en que habían sido sorprendidos. Era la victoria y el comandante Brand dio un suspiro de satisfacción, que se transformó en expresión de angustia al elevar la vista hacia las pantallas que señalaban las averías sufridas y comprobar el estado de éstas.

El radiotelegrafista de guardia, en su puesto, se dirigió hacia su jefe.

-Ha respondido la Patrulla Volante 7-R de Servicios Estratégicos. Se halla a doscientos mil kilómetros aproximadamente. Fue atraído allí por una falsa llamada. Trae rumbo 2-X-4. No moviéndonos del lugar puede entrar en contacto con nosotros dentro de sesenta minutos...

-Está bien. Continúe en contacto con ellos. El oficial de derrota le deberá ir señalando continuamente nuestra posición y usted la comunicará a ellos. Les saldremos al encuentro y así acortaremos distancias con mayor rapidez... Comuníqueles que el enemigo ha sido derrotado completamente, pero que nuestra situación es precaria.

Rápidamente se hizo cargo Brand de la situación, dando órdenes enérgicamente una vez corregido el rumbo de la *Pigmalión*; tanto los «robots» electrónicos como los hombres que no tuviesen que prestar un servicio activo, deberían dedicarse a cortar los incendios, a corregir las averías. Pero pese a los esfuerzos, llevados algunos hasta el heroísmo, la situación de la *Pigmalión* era cada vez más difícil y Brand comprendió que si lograba mantenerse en el espacio sin producirse una catástrofe hasta la llegada de la Patrulla Volante, habría logrado bastante.

Con paso firme, una vez tomadas las medidas que consideró oportunas, se dirigió al compartimiento central, donde los científicos se hallaban reunidos.

-Señores. Hemos sido sorprendidos y atacados por siete aeronaves extrañas que no han podido ser identificadas y cuyos modelos nos son totalmente desconocidos, por lo que puedo asegurarles que no pertenecen a nuestro Universo conocido.

Las siete, que venían en correcta formación, bastante similar a la empleada por las nuestras, han sido destrozadas; pero no debo ocultarles que antes de lograrlo nos han «tocado» tan seriamente

que nuestra situación en estos momentos es dramática. Voy a tratar de

salvar a nuestra *Pigmalión* aunque dudo de conseguirlo, y se halla en camino, dispuestos a prestarnos auxilio, la Patrulla Volante 7-R de Servicios Estratégicos. Quiero decirles con esto que deben estar dispuestos a abandonar esta isla y que deben llevar consigo cuanto consideren de interés y que no sea un impedimento por su peso o su volumen. Espero lograr que la *Pigmalión* se mantenga entera hasta que la Patrulla Volante llegue para embarcarles; pero si no pudiese lograr tal cosa, cada uno de ustedes deberá tener dispuesto un «ataúd», perdón, uno de nuestros aviones personales, para lanzarse al espacio en él tan pronto como yo lo ordenase, que seria en el momento que considerase que continuar aquí podría resultar un verdadero peligro. El manejo de los aviones personales es sencillo y pueden emplear el tiempo en aprenderse las instrucciones. Una vez en el espacio deberán volar formando una especie de convoy y serán dirigidos por uno de mis oficiales. Para ello no tendrán más que poner en funcionamiento los mandos y dirección automáticos... y dejarse llevar. Una vez en el espacio no deben dejarse impresionar por los choques que perciban contra el fuselaje. Se deberán a los muchos cuerpos de minúsculo tamaño que viajan por el espacio. Pero el fuselaje de los aviones personales esta construido con el mismo metal prodigio que la propia isla *Pigmalión* y los resistirá perfectamente sin daño alguno para ustedes. Sugiero que deben pasar a la Sección de lanzamientos en la primera cubierta para irse familiarizando con tales aviones. El teniente Barajas les dará todas las instrucciones y aclaraciones que precisen...

El Comandante Brand, al terminar de hablar, hizo una leve reverencia y salió, dejando a los componentes del grupo científico sumidos en la mayor confusión y desconsuelo. No concebían que tuviesen que abandonar su magnífico observatorio; que la poderosa isla interplanetaria en la que tantas esperanzas habían puesto y que parecía dominar el espacio imponiéndose a todos los elementos, estuviera a punto de perecer. No comprendían cómo se podía haber producido el salvaje ataque. En todo el Universo conocido era mirada con simpatía aquella expedición a la que muchos habían contribuido y era difícil pensar que nadie, partiendo de ninguno de los planetas del sistema solar donde se conocía la existencia de una vida y una civilización, hubiesen lanzado el alevoso ataque. Les resultaba difícil pensar, a pesar de haber experimentado los duros efectos de la agresión, que su magnífico sueño en el discurrir por los espacios siderales había terminado.

El primero en reaccionar fue el profesor Añúa, quien, como jefe del grupo científico, se dirigió a sus compañeros:

-Señores, debemos obedecer al comandante Brand. Vamos a familiarizarnos con nuestros «ataúdes», como llaman a esos aviones personales, y que para nosotros son ataúdes de verdad, donde vamos a enterrar nuestros sueños científicos. Pero no deben desanimarse. Si ahora hemos sido vencidos, volveremos y venceremos...

Y mientras ellos se dirigían a la primera cubierta, el comandante Brand se enfrentaba otra vez directamente con el fuego, el enemigo de más consideración con que debía enfrentarse en aquellos momentos. En la pantalla se reflejaba el más grave de los incendios, que amenazaba con correrse al departamento donde se hallaba la segunda pila atómica, y Brand se cogió al micrófono de órdenes:

-¡Aíslen completamente el compartimento 3-B y produzcan inmediatamente el vacío en él!

En la pantalla del «visófono» apareció el busto de un sudoroso oficial, con el rostro y las ropas medio chamuscadas, el cual se dirigió a Brand;

-Ya había pensado en ello, señor; pero si lo hacemos quedarán siete hombres totalmente aislados y sin posibilidad alguna de salida.

-¡Lo comprendo, teniente! ¡Pero no tenemos otra solución! ¡Es preferible poner en peligro la vida de esos siete hombres que la de todos e incluso la existencia de la propia isla! ¡Cumpla la orden!

-Sí, señor, A la orden.

La voz del oficial se percibió apagada y por unos instantes Brand temió que su orden no fuese obedecida, pero por el propio «visófono» pudo ver que tanto el oficial como los hombres a sus órdenes, sin temor a las llamas que amenazaban cercarles, cumplían rápidamente la misión.

El principal peligro quedaba así conjurado y Brand dirigió la cámara del «visófono» poniéndola con el departamento en que los siete hombres quedaban aislados:

-¡Sargento Valdivia!

-¡A la orden, señor!

-Deben ustedes continuar luchando contra las llamas. Esa pila atómica debe salvarse por encima de todo. Quedarán aislados y sin oxigeno, así es que pónganse las caretas... Es la única solución que nos queda para cortar el fuego

radicalmente...

En el rostro del sargento Valdivia y los seis hombres que le acompañaban, que se volvieron de cara al «visófono», se reflejó la más angustiosa expresión y el sargento respondió;

-Sí, señor... Pero no tenemos caretas...

-¿Cómo han podido cometer semejante imprevisión? Pues lo siento, pero no puedo exponer a toda la isla. Si son ustedes capaces de resistir más que el fuego la falta de oxígeno, se salvarán.

-Nos sacrificaremos, señor...

Había resolución en la expresión de Valdivia, resolución que se veía compartida por los otros seis que le acompañaban y Brand sintió tener que condenar a aquellos hombres a una muerte segura si no se producía un milagro.

La pantalla del «visófono» tornó al lugar donde el teniente Sánchez realizaba su misión denodadamente, en lucha con las llamas que cada vez resultaban más reducidas, y de allí pasó a la fuente del incendio; la falta de oxígeno, por el vacío que se iba practicando, hacía que las llamas se fuesen extinguiendo lentamente, conjurando el peligro. Pero al mismo tiempo que las llamas se consumían las vidas de los siete hombres aislados, a los que al falta de oxígeno comenzaba a hacer vacilar y Brand les ordenó:

-No realicen esfuerzos. Así podrán durar más y tal vez lleguemos a tiempo.

Una mirada indefinible del sargento Valdivia fue la única respuesta que Brand halló a sus palabras, mirada que resultó lacerante para el comandante, que movió la cabeza apesadumbrado, dirigiéndose un tanto mecánicamente al radiotelegrafista que le miraba.

-Lo siento, pero no puedo hacer otra cosa...

Uno de los hombres del sargento Valdivia, falto de fuerzas, cayó de rodillas y Brand cortó la comunicación del «visófono». Prefería no ver la lenta agonía de aquellos hombres, que no tardaría en iniciarse...

Dirigió entonces la pantalla al lugar del incendio. Las llamas morían, pero demasiado lentamente...

Y de improviso, los avisadores electrónicos lanzaron otra señal de alarma que llegó a conturbar más a los ocupantes de la desgraciada isla:

-¡Atención! ¡Cuerpos extraños en el espacio! ¡Atención,

observadores! ¡Cuerpos extraños en el espacio!

Brand dirigió la vista hacia el radiotelegrafista y éste denegó con la cabeza:

-No pueden ser ellos, señor. Se hallan aún a demasiada distancia para ser localizados por los avisadores.

-Está bien. De todas formas, que señalen posición exacta- y luego añadió para si; -Esta vez no me sorprenderán.

Se dirigió a las pantallas del radar, en cuyo campo visual habían penetrado los cuerpos extraños y Brand pudo apreciar que se trataba de una formación de siete aeronaves cuyas características resultaban idénticas a las de las que les habían agredido anteriormente. Los detectores captaron rápidamente el buceo de las ondas lanzadas al espacio por el enemigo, tratando de localizarles en la oscuridad y Brand ordenó:

-¡Atención! ¡Posición del enemigo, 1-17-B! ¡Pongan en funcionamiento los «drapers» para evitar la detección!

Una vez en funciones los «drapers», corrigió Brand el rumbo de la isla y ordenó al radiotelegrafista:

-Comunique rápidamente a la Patrulla Volante lo que sucede, señalando la posición en que se encuentra el enemigo. Dígales que cortamos comunicación para evitar que puedan fijar nuestra posición por goniometría...

-Si, señor.

Entregóse el radiotelegrafista a su tarea y Brand ante el micrófono de órdenes se dispuso a actuar:

-¡Tiendan barrera protectora de rayos «DOX»! ¡Atención los torpedistas! ¡Carguen los tubos 4, 5 y 6! ¡Dispuestas las baterías de rayos desintegradores para actuar tan pronto el enemigo se ponga a tiro!

-¡La tercera batería está averiada, señor!

-Está bien. Actuarán las restantes...

Acudió entonces Brand a la pantalla del «noiteleran», donde por una superposición de proyecciones tenía a la vista, sobre pantalla milimetrada, la visión exacta de las aeronaves enemigas y la de su propia nave con respecto a ellas y sonrió complacido al notar ciertas vacilaciones en el rumbo del enemigo, tal que si se hallase desorientado.

-¡Tubos 4 y 6! ¡Fuego!

No tardaron en aparecer en la pantalla los dos torpedos dirigidos y

Brand corrigió ligeramente desde su control el rumbo de salida, protegiéndolos a la vez con haces de ondas «drapers», de la detección enemiga.

Al propio tiempo puso en función el medidor de distancias que comenzó a cantarlas con su voz monótona.

Pero no por hallarse ante el enemigo olvidaba Brand a los que agonizaban en la dependencia del compartimento 3-B y dedicó unos instantes a la pantalla del «visófono», comprobando que aún vivían y que las llamas se habían extinguido en el centro del departamento.

-¡Inyecten oxígeno en la sección segunda del compartimento 3-B y regulen la presión! ¡Es posible que podamos salvarles aún...!

Mientras el teniente Sánchez se entregaba con ahínco a la nueva tarea señalada, haciendo funcionar los inyectores, Brand volvía a hacerse cargo del los torpedos, próximos ya a su objetivo y a los cuales hubo de corregir ligeramente de dirección. El comandante, pendiente de la pantalla, dio orden de disparar el tubo número 5 e inmediatamente observó el centelleo luminoso producido por las explosiones, extinguido el cual vio que sólo quedaban tres aeronaves en el espacio, una de ellas, la que marchaba en cabeza, visiblemente tocada también. De las tres aeronaves comenzaron a brotar potentes chispazos en diversas direcciones y en dos ocasiones la isla se sintió sacudida, aunque no con la fuerza que en las anteriores ocasiones, y los avisadores electrónicos señalaron una nueva avería, no de gran importancia, pero que preocupó seriamente a Brand.

-¡Atención, teniente Ruiz!

El aludido, de la sección de salvavidas, apareció en la pantalla del «visófono».

-A la orden, señor.

-Salte inmediatamente en un salvavidas y «tapen» con él el orificio producido en el fuselaje. Inmediatamente pasarán al salvavidas al sargento Valdivia y sus hombres. ¡Rápido, antes de que sea tarde, pues por el agujero escapa el oxígeno y la presión!

-Sí, señor.

Rápidamente cambió la dirección de la isla, buscando los lugares menos batidos por los disparos enemigos y lanzó al torpedo que se hallaba en el aire contra la aeronave que marchaba en cabeza y que, al sentirse tocada, se

empleaba con más energía que las dos restantes. Pero el torpedo fue alcanzado por uno de los rayos antes de tiempo, produciendo prematuramente la explosión. Sin embargo, la aeronave, aunque no quedó desintegrada como las anteriores, resultó seriamente tocada y señalando una pirueta impresionante, explotó, expandiendo sus restos con terrible violencia.

Comprendió Brand que en aquella batalla, librada en la casi impenetrable oscuridad, llevaba la ventaja gracias a sus superiores medios de detección y contradetección, y aprovechó para salirse de la dirección, variando casi radicalmente, trazando un arco bastante cerrado y lanzándose a la velocidad máxima. Antes que el enemigo pudiese localizarle lo tendría al alcance de sus rayos desintegradores, ya que los torpedos debía reservarlos para formaciones más compactas.

Mientras la isla efectuaba la maniobra, el teniente Ruiz había tapado la brecha con el salvavidas y Brand comprobó con satisfacción que se había iniciado el salvamento de los siete hombres en inminente peligro.

Varias explosiones del enemigo explotaron relativamente cerca, poniéndoles en dificultad y Brand, pendiente en aquel momento del medidor de distancias oyó como éste cantaba:

-¡Veinte mil...!

Pulsó el disparador, dejándolo abierto, dando a la boca de fuego la dirección adecuada e instantes después las dos aeronaves enemigas quedaban desintegradas, borradas en el espacio.

Pero los avisadores electrónicos volvieron a dar sus angustiosas señales y Brand, al comprobar el lugar donde se señalaba la nueva avería sintió por unos instantes que le ganaba el desánimo. Pero se rehizo prontamente.

-Produzcan el vacío rápidamente en 7-D o volaremos todos antes de dos minutos... ¡Aíslen particularmente las dependencias 3 y 7!

-Sí, señor...

El radiotelegrafista le dio entonces la posición de la Patrulla Volante con la que se había puesto de nuevo en comunicación y Brand meditó unos instantes.

-No llegan a tiempo de recoger al grupo de científicos, No tendremos más remedio que lanzarles...

Se dirigió de nuevo al «visófono».

-¿Cómo va esa avería, teniente Sánchez?

-He logrado aislar las zonas más peligrosas que usted ha indicado, señor, y lucho en ellas; pero no puedo responder del resto. El incendio ha avanzado alevosamente, sin ser captado, estallando luego demasiado rápidamente...

-Ya lo he comprendido. Haga lo que pueda...

Un joven capitán penetró en aquel momento en el puesto de mando.

-Todas sus instrucciones han sido cumplidas, señor. Si el teniente Sánchez logra paralizar el fuego, es posible que podamos continuar, de no sobrevenir algo imprevisto que no podemos descartar...

-Ya veremos. Hágase cargo del mando por unos instantes y no pierda contacto con Ruiz ni con Sánchez. Tengo mis dudas de que este pueda triunfar totalmente...

Brand se dirigió personalmente a la plataforma de lanzamientos:

-Siento decirle, profesor Añúa, que deberán abandonar ustedes la isla rápidamente. La Patrulla Volante, que está al llegar, les recogerá en el espacio, Me hubiera agradado entregarles a ella, pero no puedo aguardar un minuto más. ¡Teniente Barajas!

-¡A la orden, señor!

-Que ocupe cada cual su aparato individual y que vayan siendo proyectados al espacio. Tiene 75 segundos de tiempo para realizarlo...

-Sí, señor...

Con increíble rapidez, por medio de mecanismos automáticos, los científicos fueron ocupando cada cual su avión personal, pasando luego al compartimento estanco, donde eran lanzados al espacio. Los aviones personales o «ataúdes», como habían sido bautizados por su forma semejante al de tales útiles, eran una especie de fundas en las que apenas si cabía el cuerpo humano, que debía ir totalmente extendido en ellas, con la cabeza en el morro del aparato, en el que apenas quedaba espacio para el armamento de que iba dotado. Llevaban, además, suficiente combustible para asegurarle cierta autonomía de vuelo en los espacios siderales donde apenas si hacían consumo de energía y dos motores de propulsión a chorro, no por reducidos menos veloces que los del resto de las unidades. Y construidos de un metal prodigio, el «zirconio G», eran capaces de resistir las mayores presiones, los choques violentos e incluso resistían a la desintegración de las armas atómicas

de uso corriente.

Mientras sus compañeros eran proyectados al espacio, el profesor Añúa se dirigió a Brand:

-Yo debo quedar en la isla hasta que no haya más remedio que abandonarla. Debo quedarme a su lado, Comandante.

-Lo siento, profesor. Yo soy el responsable de todo y tengo órdenes terminantes en este sentido. Lo único que toleraré es que sea el último de ustedes...

Carmela Garrido, que se hallaba junto al profesor, se disponía a protestar apoyando la idea del profesor, cuando se produjo una violentísima explosión sintiéndose, los que aún no habían sido lanzados al espacio, violentamente sacudidos estrellándose luego contra el piso.

Carmela y el profesor cayeron juntos y apoyándose uno en el otro, trataron de luchar contra el desvanecimiento que trataba de vencerles. En torno a si se percibieron gritos y furiosas órdenes y de pronto se sintieron cogidos y encerrados en los estrechos «ataúdes», recibiendo luego la impresión de que eran catapultados con extraordinaria violencia, cayendo luego, rodeados siempre de tinieblas y a una velocidad vertiginosa...

## CAPÍTULO III

## ENCUENTRO INESPERADO

El joven coronel Crisanto Díaz de la Vega, Cris, según le llamaban sus íntimos, lanzó su automóvil a toda velocidad por la recta pista que conducía al aeródromo, obligándole a volar materialmente. Tenía prisa por perder de vista los áridos panoramas de que «disfrutaba» en Ganímedes, el satélite de Júpiter, donde se hallaba destacado por la Oficina de Servicios Estratégicos de la Unión de Naciones Ibéricas, con sede en Madrid. Afortunadamente había llegado el momento del relevo y dentro de una hora, a lo sumo, habría salido en una de las aeronaves siderales con rumbo a España. Sólo tenía que despedirse del general Luis Rodas, jefe del destacamento, avanzada de la civilización en aquel sector del espacio sideral, cuyo servicio de policía tenían encomendado en combinación con los otros Estados de la Tierra y Marte, planetas rectores por lo avanzado de su civilización.

Al llegar frente al edificio donde tenía su residencia el general Luis Rodas, frenó violentamente, tanto que obligó al automóvil a girar, quedando en sentido inverso a como había marchado, causando sensación entre los componentes de la guardia a la puerta del edificio, que temieron ver cómo salía despedido, Pero no ocurrió nada de eso y Cris saltó del vehículo sin molestarse en abrir la portezuela, pasando luego como un rayo ante los componentes de la guardia, que no llegaron a tiempo de formar.

El general Rodas hallábase sentado detrás de una amplia mesa atiborrada de papeles en aparente desorden, y no levantó la vista de lo que se hallaba examinando cuando Cris, tras solicitar audiencia, penetró en la vasta pieza cuyas paredes más bien recordaban las de un museo por la serie de curiosidades y trofeos que se exhibían en ellas, procedentes todos ellos de mundos lejanos, desde Ve-us a Júpiter...

Quiso Cris advertir su presencia al notar que el general no había dado señales de conocerle y chocó vigorosamente los tacones de sus botas, colocándose luego en respetuosa actitud:

-A la orden, señor. Tiene el honor de presentarse el coronel Crisanto Díaz de la Vega.

El general Rodas levantó la vista y al ver ante sí la apostura gallarda de Cris, su arrogante continente, la pulcritud con que vestía su uniforme, sonrió complacido.

-Descanse, coronel y siéntese, por favor. Le aguardaba.

Mientras hablaba, el general había abandonado su asiento y llegando hasta Cris le había tendido la mano, estrechándosela con efusión, conduciéndolo luego hasta uno de los sillones que había en la estancia, sentándose luego él en otro.

Prodújose una pausa en la que los dos hombres parecieron estudiarse mutuamente y el general rompió:

-Tiene usted una magnífica hoja de servicios, coronel y su carrera ha sido verdaderamente meteórica.

El instinto avisó a Cris que tras aquello se ocultaba algo anormal, pero no osó interrumpir, dejando que el general continuase.

-Posee usted relevantes cualidades que le han hecho destacar rápidamente y esto precisamente me ha movido a encargarle una misión que, según los informes que poseo y mi propio juicio, requiere un hombre excepcional. No he olvidado que precisamente debía usted abandonarnos hoy para volver a España, puesto que su relevo ha llegado y que una vez allí debería usted disfrutar de un permiso. Pero de acuerdo con el señor Ministro, tal permiso queda anulado, quedando de momento como agregado a mis órdenes en este departamento...

-Agradezco el concepto en que me tiene y la distinción de que me hace objeto, pero ¿sabía que mi marcha y el permiso de que iba a disfrutar lo había pedido para casarme y que la boda debía celebrarse tan pronto como llegase a Madrid?

-Lo ignoraba y lo siento, pero le necesito aquí. Ha ocurrido algo grave en uno de los extremos de nuestro sector y debo enviar allí a alguien que este bregado, curtido en esta clase de misiones.

El general Rodas se levantó de su asiento invitando a Cris a seguirle y oprimió uno de los diversos pulsadores que se observaban en uno de los laterales de su mesa de trabajo; en uno de los lienzos de pared apareció un mapa iluminado del espacio sideral, mapa en el que los diversos cuerpos celestes representados en él, tenían movimiento, señalando en cada momento la posición que ocupaban respecto a los demás, la velocidad ,a que se desplazaban, el tiempo que invertían en girar sobre sí mismos. En particular, los planetas del sistema Solar estaban representados con toda la justeza de los datos comprobados, guardando exactamente la proporción de la distancia y

del tamaño.

-Una isla interplanetaria dotada de un magnífico observatorio astronómico, la *Pigmalión*, ha sido atacada.

El general tomó un puntero, encendiendo la diminuta luz que había en su extremo y señaló hacia la zona del espacio en que la isla había sido atacada, haciendo a continuación un sucinto relato del hecho al coronel Cris.

-La Patrulla Volante R-7 llegó a tiempo de recoger a los náufragos del aire, salvando a todo el equipo científico y a parte de la tripulación de la isla, a la cual ha desembarcado hace un par de horas escasas...

-Y la isla, ¿qué ha sido de ella?

-Después de una titánica lucha en la que han estado a punto de perder la vida, han logrado salvarla y escoltada por los dos superdestructores de la Patrulla, la estamos aguardando. Es posible que no tarde ni dos horas en llegar. He hablado con el jefe del grupo científico, profesor Añúa, y me ha relatado que, momentos antes de sufrir el ataque, habían observado la desaparición de un planeta en el espacio y que luego, durante el tiempo de travesía en la isla-base de la Patrulla, a pesar de no disponer de los mismos medios de observación que en la isla observatorio, han venido produciéndose semejantes fenómenos con alarmante frecuencia y cada vez más cerca de nosotros. El profesor, que es un valor científico reconocido internacionalmente, se puso en comunicación con observatorios de Júpiter, Marte y Venus y ellos han confirmado también tales observaciones, aunque no han sido explicadas de manera satisfactoria. Y lo que se espera de usted es que halle los motivos de tales desapariciones y las gentes que han producido el salvaje ataque...

El general hizo una pausa, tratando de ordenar sus ideas, y continuó:

-La desaparición de los planetas se hubiese achacado a causas físicas a no ser por el cierto orden que guardan las desapariciones y por la aparición del enemigo inteligente, del elemento hombre. Sin embargo, según las manifestaciones que ha hecho Brand por radio, las aeronaves enemigas no pertenecían a ninguno de los planetas conocidos y esto es lo que más nos intriga. No ignora usted que existen fundamentos para pensar que en otros mundos, en galaxias diferentes a la nuestra, en otros sistemas planetarios de nuestra propia galaxia, existe la vida, hay planetas habitados con sus civilizaciones en curso, tal vez en algunos con una cultura y una civilización

superior a la nuestra.

-A pesar de ello, me resulta difícil concebir que lleguen a hacer desaparecer un planeta como si fuese de merengue. Tal cosa no pueden lograrla los hombres.

-¿Por qué dice eso? ¿Conocemos acaso su capacidad destructiva? No debemos medirlos por nuestra propia fuerza ni juzgarlos con arreglo a nuestras concepciones ni nuestra conciencia. ¿Sabemos acaso de qué clase de criaturas puede tratarse? El universo es tan vario, tan rico en su potencia creadora, que estoy seguro nos reserva bastantes sorpresas, más cada vez, a medida que nuestro progreso nos lleva más lejos de nuestro punto de partida. En nuestro Universo conocido somos la avanzadilla del progreso, pero ¿podremos decir lo mismo refiriéndonos a los mundos desconocidos que alientan a millones de kilómetros de distancia?

-Ciertamente que no, señor.

-Estaba seguro de que nos entenderíamos pronto. Antes de partir quisiera que se entrevistase con el comandante Brand y él le completará los informes. Parece que las armas que el enemigo ha empleado han sido potentes rayos de tipo eléctrico, que resultan bastante efectivos a distancias de cuarenta mil metros, sin que la protección de rayos «DOX» los haya podido evitar. Pero él le explicará la táctica que ha empleado en la lucha y las experiencias que ha sacado de la misma... Quisiera que saliese usted cuanto antes. La amenaza que significa esa gente en nuestro horizonte pesa bastante en el ánimo de nuestros dirigentes y, tan pronto corra la nueva, cosa que no podremos evitar, una oleada de espanto va a sacudir a toda nuestra humanidad, acostumbrada a una vida demasiado apacible dentro del progreso mecánico que vivimos... Saldrá usted al frente de una Patrulla Volante Completa y me agradaría que la tripulación fuese toda voluntaria. De no hallar suficientes voluntarios, se les designaría entonces por sorteo. ¿Le parece bien?

-Me parece magnífico, señor.

-La capitán Luisa Barrena le entregará todos los datos que tenemos recogidos sobre este asunto para que los estudie detenidamente y pueda compenetrarse bien con su misión. Será conveniente también que vea al profesor Añúa...

* * *

Carmelita Garrido, repuesta de los sobresaltos sufridos y de las ligeras

heridas que se había producido en la explosión habida en *Pigmalión*, último recuerdo de su estancia en ella, daba los últimos toques a su tocado en los departamentos que ocupaba en la residencia oficial para forasteros, cercana al destacamento de la Oficina de Servicios Estratégicos de Ganímedes, cuando oyó una voz sobradamente conocida que preguntaba por el profesor Añúa. Sobresaltada, asomo su linda cabeza para asegurarse que no se había equivocado y una vez convencida se lanzó escaleras abajo hasta llegar al «hall» de la residencia, donde el apuesto coronel Crisanto Díaz de la Vega aguardaba.

Los brazos de ella, armonía de línea, calor de juventud, se abrieron, y antes de que él pudiese darse cuenta de lo que sucedía, se ciñeron en torno a su cuello, mientras la boca de Carmela buscaba la de él.

-¡Cris, querido! ¡No esperaba hallarte aquí ya...! ¡Te hacía camino de Madrid! No obstante, en este momento iba a preguntar por ti a la residencia general...

-¡Carmelita! ¡Es una auténtica sorpresa! ¿Qué haces aquí?

-¿No lo supones? ¿No conoces nuestra aventura?

-¡Cómo iba a imaginar!... Naturalmente, el profesor Añúa. Pero yo jamás pensé que hubieses osado acompañarle...

-Pues he osado... y en realidad, no me he arrepentido. Afortunadamente llegare a tiempo de nuestra boda...

Cris experimentó una sacudida, tal que si hubiera recibido una descarga eléctrica y murmuró:

-¿Nuestra boda? Lo siento, querida; pero se ha de aplazar...

-¿Que nuestra boda se ha de aplazar? ¿Por qué?

Cris explicó a Carmelita lo que sucedía, la misión que le habían encomendado.

-Y lo malo -continuó- es que debemos ir lejos, muy lejos, a millones de kilómetros; tendremos que luchar duramente y lo mismo puedo tardar en regresar seis meses que seis u ocho años, en estos espacios inmensos nunca se puede estar seguro de nada... y no me siento con valor para pedirte que me esperes.

-¿Y por qué he de esperarte? Nos casamos aquí y me voy contigo...

-No quiero arriesgarte...

-¿No quieres arriesgarme y te arriesgas tú?

-Es mi profesión. Libremente la elegí...

Carmelita se levantó del butacón que había ocupado y paseó nerviosamente por el «hall», hasta detenerse frente a Cris. En sus ojos brillaba la más firme decisión e interrogó a su prometido:

-¿De verdad no quieres llevarme?

-No. No debo... Y no quiero que insistas. Debes volver a Madrid... y si te parece bien puedes esperarme un tiempo prudencial...

-Está bien, Cris. Pues no estoy dispuesta a esperarte. A la velocidad que se vuela y que he experimentado, el tiempo que pases en el espacio no habrá transcurrido prácticamente para ti, y si tardas en volver, al cabo de seis años, volverás tan joven como te fuiste, mientras el tiempo para mi habrá sido inexorable y resultaré vieja a tu lado...

-¿Y quién piensa en eso? Yo te querré lo mismo.

-Pero yo no quiero que ocurra así. Me horripila pensar que el cariño que me tienes hoy pueda convertirse en lástima, porque presiento que lo mismo podéis estar en el espacio meses, que años, mucho más seguro esto. Yo he visto lo que ha ocurrido. Y sería demasiado espantoso que a tu vuelta... Si no nos casamos y me llevas contigo, habremos terminado.

-No hablemos más de eso. Tu sitio está en Madrid, junto a tus padres. Si quieres, me aguardas y si no... lo sentiré en el alma, porque sabes bien que te quiero como no volveré a querer...

-Palabras, Cris, palabras... y estamos en época de realizaciones, Ahora, mismo pasaré recado al profesor Añúa, y hasta nunca, Cris. Si en algún lugar u ocasión nos encontramos, debes olvidar lo que hemos sido el uno para el otro...

Desapareció Carmelita rápidamente escaleras arriba y Cris, que en los primeros instantes pensó detenerla, se dejó caer de nuevo en el sillón dispuesto a aguardar al profesor Añúa. Y recordó algunas palabras del general Rodas; «Piense, coronel, que ponemos en sus manos la suerte de la humanidad conocida, la continuidad de nuestra civilización y nuestra cultura y eso esta necesariamente por encima de nuestros afectos particulares. Usted será el adelantado de nuestra civilización y allí donde va defenderá la vida de los seres queridos...»

Estaba seguro Cris en aquel momento que había obrado cuerdamente y que no debía llevar consigo a Carmelita a la difícil misión de la que tal vez

no volverían, aunque ella no le comprendiese.

Y Cris serenó la expresión de su rostro hasta mostrar la más absoluta impasibilidad, volviendo por sus fueros. Debía mostrarse dignamente ante el profesor Añúa, cuyos pasos se percibían cada vez más cerca, descendiendo por la misma escalera en que apareciera Carmelita...

*  *  *

Hacía frío, un frío intenso, de mañana primaveral bajo un cielo despejado. Alineadas ordenadamente hallábanse toda una serie de edificaciones de planta que daban entrada a las instalaciones subterráneas, a prueba de bombardeos atómicos, donde se hallaban las dependencias de la base aérea del destacamento de los Servicios Estratégicos. En la explanada, frente a las edificaciones, dando la espalda a éstas y de cara al lago artificial, extenso y profundo, propio para el uso a que estaba destinado, hallábanse correctamente alineadas las figuras humanas que daban algo de vida al escueto paisaje en medio de la desolada llanura. Los trajes de aquellos seres vivientes, confeccionados de fibras artificiales con baño metálico, brillaban al sol que les arrancaba suaves destellos recortando las juveniles figuras, físicamente perfectas todas ellas bajo los ceñidos trajes.

Todos aquellos seres de aspecto marcial, hombres y mujeres, iban tocados con casco y de sus uniformes pendían las armas: pistolas atómicas, subfusiles cósmicos, armas capaces de fulminar o desintegrar a cualquier ser o cosa a distancias superiores a los mil metros, sin producir el menor ruido, con apenas un leve chasquido de los veloces rayos al hender el espacio.

Un cornetín de órdenes lanzó al aire unas notas breves, vibrantes, seguidas de tres puntos y las aguerridas figuras, con precisión de autómatas, se colocaron en posición de firmes, rígidos los cuerpos, las miradas al frente.

Un joven coronel apareció, emergiendo de una de las edificaciones; iba rodeado de sus ayudantes, todos jóvenes, tan jóvenes como él y sin cederle una pulgada en la brillantez de sus uniformes en su aspecto marcial. El jefe que se hallaba al frente de la formación, al ver avanzar al coronel, se dirigió a su encuentro;

-A la orden, señor. Sin novedad. ¿Desea pasar revista?

-Si. Quiero ver las caras nuevas. ¿Está todo completo con voluntarios?

-Todo, señor, Faltaba un sargento meteorólogo y se ha incorporado hace una hora. Es recién ingresado en el Servicio...

-No le preocupe, comandante. Si no tiene experiencia, ya la adquirirá y cuando regresemos será todo un veterano.

Se hallaban próximos a la fila y Cris, el joven coronel, echó a andar con medida lentitud, examinando al paso, uno por uno, los rostros, los uniformes, las armas, sin que se le escapara detalle. pero sin dejar traslucir sus impresiones. El comandante, al pasar ante los rostros nuevos para el coronel, hacía las presentaciones, pero sin detenerse:

-Sargento mecánico Íñiguez...

-Teniente de Sanidad Rafaela Reyes...

-Sargento meteorólogo Carmen Garrido...

Fue como si una descarga atómica hubiera estallado a los pies de Cris, quien, sin embargo, supo dominar su emoción. En el rostro de Carmela se pudo apreciar una repentina palidez, pero ni uno sólo de sus músculos la traicionaron, permaneciendo firme, indiferente en apariencia. En cuanto a Cris, continuó sin detenerse tras el rápido y certero examen, terminando la revista.

-Todo en orden, comandante. Le felicito... Que cada cual ocupe su puesto.

Frente a ellos, meciéndose en las aguas del lago, se hallaba la *Numancia*, isla-base de la Patrulla Volante, de forma semejante a un navío de línea, pero totalmente cubierta con una fuerte coraza de metal transparente a partir de lo que en un buque se podía considerar como obra muerta, provista de alas para los vuelos atmosféricos, alas que se hacían desaparecer tan pronto no eran necesarias. En torno a ella se hallaban el *Hércules* y el *Neptuno*, superdestructores, y las flotillas de unidades ligeras, seis de ellas de forma de gigantescos discos y ocho de forma ahusada, largas, finas y esbeltas aunque recias y que se las adivinaba dispuestas para lograr velocidades fantásticas, incluso en vuelos atmosféricos, con sus alas rectas, afiladas como cuchillos, propias para velocidades subsónicas y supersónicas; tales alas se escondían en otros momentos para dar paso a otras más reducidas en forma de delta, y más apropiadas para las velocidades medias.

Una serie de vibrantes notas hendieron el aire y al conjuro de ellas, la humana formación se rompió, evolucionando sus componentes que, rápidos, pero sin precipitaciones, pasaron a ocupar sus puestos en las naves aéreas.

El coronel Cris, una vez en su puesto de mando, dio la orden de salida

y las unidades ligeras, las «lentejas», según llamaban a las de forma circular, y las «golondrinas», nombre con que eran conocidas las de forma ahusada, maniobraron ante la *Numancia*, que abrió sus compuertas, recogiendo en su interior a las citadas aeronaves ligeras, las cuales fueron desapareciendo entre las garras de las grúas que, con sus brazos articulados las llevaron hasta las entrañas de la isla-base. Momentos después la *Numancia*, con su deslizarse majestuoso, abría la marcha, avanzando a cada uno de sus lados los dos superdestructores que luego, lentamente, fueron levantando el vuelo...

Carmela Garrido, en su puesto junto al profesor Añúa, que se había ofrecido como voluntario en la expedición, preguntó a éste:

-¿No estará equivocada esa teoría de que usted me habló hace tanto tiempo sobre la marcha del tiempo en el espacio cuando se viaja a grandes velocidades? Porque ahora dudo. Es ello lo que me ha impulsado a venir, porque quiero defender mi juventud en relación con el hombre que quiero, que estaba destinado a ser mi esposo. Quedarme esperándole como él pretendía es dar demasiadas ventajas a las otras mujeres que serían jóvenes cuando él regresase dentro de seis u ocho años...

-Aquello no es una simple teoría, sino una realidad, así es que no debe dudar, nuestros relojes, a medida que vayamos aumentando la velocidad de marcha, irán funcionando más despacio y llegarán a detener su marcha si lográsemos llegar a la velocidad de la luz. Y no se trata de una cosa caprichosa, es decir, de detener un reloj para hacernos a la idea de que no envejecemos, sino que, en realidad, nuestro envejecimiento, a mayor velocidad en el espacio, será mucho más lento. De todas formas, la diferencia de envejecimiento con los que quedan en los planetas no será muy grande, pero siempre se notará bastante si, como puede ocurrir, permanecemos en el espacio unos cuantos años...

Cris, mientras tanto, sentíase molesto. Le había sorprendido la decisión de Carmelita, pero no podía rehusarla, sin pecar de injusto. Ella había conquistado la plaza tras un examen de aptitud y para rechazarla tendría que alegar unos motivos justificados, expedientarla, y él no debía hacer tal cosa. Pero no estaba dispuesto tampoco a dispensarle un trato de favor.

El hubiese deseado que en las dotaciones a su mando, ni ahora ni nunca, hubiesen ido mujeres; pero tal cosa, ni aun tratándose de misiones excepcionales como la que le habían encargado, era dable conseguir. La

mujer, siglo tras siglo, habíase ido incorporando a todas las actividades de la vida, y en el ejército había comenzado a formar en los cuerpos auxiliares para luego saltar a las especialidades y lograr más tarde invadirlo todo, tal era el espíritu de la época y no seguir la corriente hubiera sido tanto como exponerse a la repulsa general, ya que las mujeres, en el orden profesional, disfrutaban de los mismos derechos de los hombres y, por tanto, aunque no más fuese que por principio, se debían a las mismas obligaciones.

Siglos atrás, la mujer había estado apartada de las actividades bélicas so pretexto de que no debían exponer sus vidas como los hombres. Pero con el advenimiento de la artillería de largo alcance, primero; de la aviación, más tarde; con la inauguración de la Era Atómica, en que las grandes ciudades en las retaguardias habían sido sometidas a espantosas pruebas y masacres, en las que miles y miles de seres inocentes, indefensos -mujeres, ancianos, niños- caían, tal apartamiento resultaba absurdo ya que, en la mayoría de las ocasiones, por paradójico que resultase, donde menos riesgos se corrían era precisamente en las unidades de combate, y las mujeres lograron compartir los puestos de vanguardia con los hombres luchando codo a codo junto con ellos, sin ceder en su capacidad combatiente.

## CAPÍTULO IV

## FRENTE A FRENTE

Los vigías electrónicos lanzaron su señal de alarma, haciendo vibrar los zumbadores y una voz, cuyo eco se repitió por toda la aeronave con vibraciones metálicas, impersonales, gritó repetidamente;

-¡Zafarrancho de combate! ¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Zafarrancho de combate! ¡Todo el mundo a sus puestos!

El coronel Cris conectó con la sección de detectores:

-¡Atención! No cesen ni un momento de emitir las ondas del radar y las de detección ultrasónica... Reflejen en las pantallas 1 y 2, respectivamente, los resultados de la exploración. Determinen con toda exactitud distancias, rumbo y velocidad que lleva el supuesto enemigo...

Se oyó un zumbido característico iluminándose las pantallas indicadas por Cris e instantáneamente se inició la proyección pedida, determinándose con toda claridad la forma circular del objeto que había motivado la alarma y cuyo centro del círculo se proyectaba con mayor seguridad que sus límites. Y el coronel experimentó, a la vista de tal objeto, la mayor sorpresa de su vida: el tamaño del objeto reflejado, dada la distancia a que se hallaba aún, resultaba desmesurado; era imposible que existiese ninguna aeronave de tal tamaño...

Trató entonces Cris de unir las imágenes de su flota aérea con la del elemento desconocido que había motivado la alarma en la pantalla del «noiteleran», pero ésta apenas si le dio una vista parcial de tal elemento mientras su flota aparecía como puntitos perdidos en la pantalla.

Conectó entonces el «visófono» con el departamento donde trabajaba el profesor Añúa y le llamó:

-Por favor, profesor. Le ruego que acuda rápidamente al puesto de mando. Estamos frente a un fenómeno asombroso, algo que yo no me atrevería a suponer...

-Voy en seguida, coronel.

Tan pronto apareció Añúa en la cabina de mando, Cris Señaló hacia el extraño objeto reflejado en las pantallas.

-Fíjese bien en eso, profesor... ¿Qué me dice?

-Que tiene todas las características de un cuerpo celeste...

-Pero ¿cómo puede ser? No estoy muy ducho en astronomía; sin

embargo, se que en esa zona del espacio no debe haber ningún planeta, no corresponde a la órbita de ninguno. Además, de ser un planeta, con las dimensiones que tiene, se le «vería» y no lo vemos. A no ser por los detectores del radar y ultrasónicos, se nos hubiese echado encima sin darnos cuenta.

-Eso no es exacto, coronel. Podría carecer de atmósfera y al no existir los gases capaces de vibrar en resonancia con las ondas electromagnéticas, resultar invisible en medio de esta oscuridad...

-Y diga, profesor. ¿Es posible que sea esta masa que tenemos delante la causante de la desaparición de los otros planetas?

-Es posible, es muy pequeño como planeta y más si le comparamos con los mundos desaparecidos, todos ellos de bastante mayor volumen; pero al de mucho más peso, los ha podido destrozar. ¿Se ha imaginado alguna vez un planeta totalmente metálico, coronel?

-No he tenido tiempo en mi vida de pensar en tales cosas, profesor.

-Pues va a tener que ir haciéndoles un hueco en su cerebro. Nuestro Sol es metálico, según parece, y las radiaciones que emite son de tipo electromagnético...

-Ya lo sé. Tuve que aprender tal teoría, la primera vez que volé en la *Numancia* saliendo a los espacios siderales y me vi totalmente rodeado de oscuridad como ahora.

-Tal vez esto empiece a explicarnos las desapariciones de los planetas.

Las líneas imaginarias que establecían las órbitas de los planetas del sistema solar, Plutón incluido, habían quedado bastante atrás, y en las aeronaves siderales no se tenía más noción del tiempo que la establecida por los cálculos constantes y la comunicación continua por medio de radio con la Tierra y otros planetas donde florecía una civilización conocida, como en Marte y Júpiter, ya que los relojes de a bordo marchaban con más lentitud a medida que la velocidad de las aeronaves aumentaba; así, pues, el valor del tiempo era de una constante relatividad, máxime cuando se volaba a la velocidad crucero de 175.000 kilómetros por hora y en ocasiones, incluso tal velocidad era superada por la falta de resistencia al avance, sin que el consumo de energía se notase prácticamente ya que casi bastaba la fuerza de impulsión en aquella tenue atmósfera, si de tal se la podía calificar, para mantener la velocidad.

Cris se dirigió al radiotelegrafista:

-Comunique rápidamente con nuestra base y deles posición y rumbo de nuestra Patrulla.

-Sí, señor.

Segundos después el radiotelegrafista anunciaba la localización de la base de Ganímedes y el coronel comenzó a darle los datos para su transmisión:

-Estamos ante un cuerpo extraño, seguramente de constitución metálica... Forma esférica... Su velocidad aproximada es de 22.000 kilómetros por hora y nos separa una distancia aproximada de 300.000 kilómetros. No le hemos podido ver aún, pues carece de luminosidad, pero le hemos detectado por medio del radar y los ultrasonidos. ¡Su peso debe ser impresionante!

Se produjo un paréntesis que aprovechó Cris para dar de nuevo su posición y rumbo, así como las del fenómeno observado y terminaba de hacer tal cosa cuando se sintió interrumpido por la capitán Luisa Barrena, joven, linda y de líneas esculturales.

-¡Señor! ¡Ocurre algo extraño! La pantalla número uno ha dejado de reflejar el fenómeno... ¡A la número dos le ocurre lo propio! ¡Vuelven a captarlo, pero aparece deformado... se borra definitivamente...!

Del departamento de detección comunicaron entonces:

-Señor. La masa que estábamos detectando absorbe las proyecciones de ondas, tanto las del radar como las ultrasónicas... Hemos comprobado, por si existía avería; pero no hay ninguna...

-Está bien. No obstante, continúen emitiendo de momento...

La capitán Barrena y Cris se miraron, cruzando luego sus miradas con las del profesor Añúa y Cris ordenó a su ayudante:

-Puesto que conoce los datos referentes al fenómeno, siga su marcha y lleve el gráfico de su posición con respecto a nosotros...

-Sí, señor.

El coronel se dirigió entonces por medio del «visófono» al departamento de detección. Tenía

presentes las experiencias del comandante Brand en la isla *Pigmalión* y ordenó;

-Dirijan las radiaciones de «drapers» desde uno, coma, cinco en ángulos abiertos. Revisen registro de ondas. Es posible que ellos estén

tratando de localizarnos...

-Sí, señor. Han sido recogidos dos haces de rayos, pero se han perdido seguidamente en el espacio...

El profesor Añúa habló con Cris:

-Nos queda la detección por goniometría si, como es de esperar, ellos lanzan haces de ondas...

-Está bien, encárguese usted mismo de marcar los vértices del triángulo y comunicaremos con los destructores *Neptuno* y *Hércules* para que se sitúen convenientemente.

El profesor Añúa, efectuado el cómputo de los informes recibidos de los tres departamentos de detección, sonrió satisfecho; seguidamente se puso en contacto con el coronel Cris.

-Ya tenemos localizado el fenómeno, coronel. En marcha 23-25-27, llega a 29-H. Velocidad invariable...

-Gracias, profesor. Aguarde un momento que compruebe...

Interrogó entonces Cris a la capitán Barrena y ésta respondió;

-Posición 29-H a punto de entrar en 31-I...

-Está bien. Gracias. Continúe...

Dirigióse de nuevo el coronel al profesor Añúa:

-Estamos de acuerdo, profesor. ¿Qué puede ocurrir ahora?

-Carezco de elementos exactos de juicio, coronel. Es posible que sea la base de donde partieron los agresores de la *Pigmalión* y que no tardemos en vernos rodeados de unidades enemigas por todas partes. La forma en que se ha producido la desaparición de los planetas me hace pensar también en la atracción magnética de un planeta totalmente metálico, algo así como un electroimán de gran potencia que atraiga a los objetos que caen dentro de su campo de acción. En ese caso, corremos el peligro de ser atraídos por el fenómeno hasta llegar a estrellarnos contra ellos. Esa ha debido ser la suerte de los cuerpos celestes que han entrado dentro de su órbita de atracción...

-Pues ha sido una mala suerte. Pero todo son suposiciones y yo necesito cosas probadas. Hasta ahora, navegamos punto menos que a ciegas. ¿Cómo ha ido la producción de gases sensibles a las radiaciones electromagnéticas?

-Poseemos una buena cantidad de metros cúbicos de ellos. Están bien comprimidos y envasados para que ocuparan el menor espacio posible y

facilitar su uso, ¿Qué piensa hacer? .

-Obligarles a que se nos muestren sembrándoles la ruta de tales gases y, si nos conviene, plantear ya la lucha, y si no, esquivarles por ahora, sin dejar de seguirles. De momento no tienen en su ruta planeta alguno al que puedan perjudicar.

-Magnifica idea, pero ¿cómo piensa sembrar los gases?

-Un par de nuestras veloces «golondrinas» cargarán con él y lo soltarán a su regreso...

-Es una operación sumamente peligrosa, coronel...

-Lo sé, pero no tenemos más remedio que exponer si deseamos lograr algo. Continúen sus observaciones, profesor, mientras yo me encargo de disponer la operación. Si ocurriese algo de particular, no vacile en comunicármelo.

-Descuide...

Pasó entonces Carmela Garrido a ocupar el control de detección goniométrica y el profesor volvió a sumirse en su observatorio.

Había producido el profesor sintéticamente una cantidad notable de gases capaces de vibrar en resonancia con las radiaciones electromagnéticas y, bien comprimidos en depósitos adecuados, habían sido almacenados en espera de las experiencias que se pudieran realizar con ellas. Y siguiendo la idea del coronel Cris, había llegado el momento de emplearlos.

Dos de las veloces «golondrinas» cargaron con sendos depósitos y una vez recibidas instrucciones del propio coronel por sus tripulantes, pasaron a los compartimentos estancos adecuados, quedando aisladas del interior de la isla-base y seguidamente fueron catapultadas al espacio, iniciando su vuelo, superior a los 250.000 kilómetros por hora, en dirección al planeta metálico.

En la casi impenetrable oscuridad de que se hallaban rodeadas las dos «golondrinas», eran guiadas desde la isla-base por medio de la radio y protegidas, a su vez, de la detección enemiga por las radiaciones de los «drapers», Cris mostraba una ejemplar serenidad, dando la sensación de que dominaba en el tiempo y en el espacio y encargó a Carmela de la dirección y control de las dos aeronaves exploradoras:

-La emisora de control automático le dará continuamente la posición y su misión es comprobar y corregir el rumbo si se desvían por cualquier causa. Piense que en esta parte del espacio luchan varias emisiones de ondas de

varios tipos por encontrar su sitio y abrirse camino. Y no olvide que en cada uno de esos dos pequeños navíos van dos compañeros nuestros y que una distracción puede resultarles fatal.

-Lo tengo presente en todo momento, señor.

Carmela se abstuvo de decir lo que pensaba: Que las dos «golondrinas» podían haber ido perfectamente a realizar su misión sin tripulación humana, guiándose exclusivamente de sus controles electrónicos; pero Cris, tal que si hubiese leído en su pensamiento, añadió:

-Naturalmente, las «golondrinas» podían haber sido dirigidas por sus pilotos automáticos y controladas igualmente por nosotros desde aquí. Pero necesito de las observaciones personales que los más sensibles cerebros electrónicos no son capaces de recoger. No olvide que no me agrada sacrificar gente vanamente.

-Está bien, señor. Lo siento...

Resultábale extraño a Carmela tener que tratar al que había sido su prometido exclusivamente como a un superior jerárquico; pero pensaba que la situación no dejaba de tener gracia... y se propuso fastidiarlo en la medida de lo posible.

El contacto con las dos «golondrinas» se estableció inmediatamente y Carmela, a tiempo que corregía la ligera desviación sufrida por un defecto de salida, fue anotando datos, comprobando al mismo tiempo con los que recibía del profesor Añúa y de la capitán Barrena, para asegurarse de que todo iba bien. De tanto en cuanto comunicaba las respectivas posiciones a Cris, proyectándolas sobre la pantalla del «noiteleran» para mayor claridad de concepto.

-¡Cincuenta mil kilómetros! -señaló Carmela.

La voz de la muchacha, a medida que las dos «golondrinas» se acercaban al fenómeno, iba ganando en emoción; pero Cris escuchaba impasible, sin mostrar la menor inquietud, escuchando al propio tiempo las observaciones de los tripulantes de las dos «golondrinas».

-¡Cuarenta mil!... ¡Treinta y cinco mil!...

La expresión de la muchacha era angustiada en contraposición con las serenas observaciones de los pilotos:

-No vemos nada en absoluto... En nuestras pantallas de radar aparecen impresiones nebulosas, inconcretas y que no llegan a fijarse... Parece que el

objeto a detectar trata de camuflarse con diversas artes...

-¡Treinta mil kilómetros!

Las observaciones llegaron entonces con mayor viveza:

-A pesar de mantener idéntica salida de gases, aumenta la velocidad, señor. Diríase que una mano gigantesca nos empuja sin solución...

En los labios de Cris se dibujó una sonrisa que a Carmela le pareció cruel y sintió deseos de abofetearle. Pero el coronel, ajeno a lo que sucedía en la mente de su ex-prometida, se limitó a dar unas cuantas órdenes por micrófono que Carmela, pese al esfuerzo que realizó, no logró entender. Y Cris se dirigió entonces al profesor Añúa:

-Sus suposiciones se confirman, profesor, estamos en presencia de un fenómeno de atracción electromagnética. Ahora podemos estar casi seguros de la suerte corrida por los otros planetas.

-¡Veintiocho mil kilómetros!

Pero si la voz de Carmela resultaba angustiada, no quedó atrás la de los tripulantes de las «golondrinas», incapaces de dominar sus aeronaves, fenómeno que al mismo tiempo experimentó la propia sargento Garrido.

-¡Es imposible controlar las aeronaves, señor! ¡Hemos rebasado nuestra velocidad máxima y temo que estos artefactos se van a desintegrar en el espacio tan pronto encuentren la menor resistencia!... Hay algo que nos atrae con fuerza irresistible y el espacio en torno nuestro parece cargado de electricidad.

-Estén tranquilos. Continúen y dispónganse a levantarse en ángulo de cuarenta y cinco grados. Estén dispuestos para la observación visual.

-¡El control de maniobras no obedece, señor!

-No se preocupen. Obedecerá en el momento preciso. He tomado mis medidas para ello...

-¡Veinticinco mil kilómetros!

Carmela fulminó a Cris con la mirada; pero el coronel no se dio por aludido y con su acostumbrada impasibilidad dio nuevas órdenes por el micrófono:

-¡Corrección de rumbo 1-3-3! ¡Tubo lanzatorpedos número cinco, fuego! ¡Número seis, fuego!

Tras dar las órdenes pasó a dirigir personalmente el cuadro de control de los torpedos aéreos, manteniéndose frente a la pantalla del «noiteleran», en

cuyo campo visual habían aparecido los proyectiles dirigidos. Avanzaban éstos a una velocidad espantosa, superior a los 600.000 kilómetros por hora. Por un instante pareció que los dos proyectiles iban a chocar contra las «golondrinas», pero fue sólo una ilusión óptica, pues debido a la maniobra ordenada por Cris, corrigiendo el rumbo de la *Numancia*, los dos proyectiles rebasaron a las «golondrinas», muy próximos a sus proas, pero sin llegar a tocarlas.

-¡Quince mil kilómetros!

Pero la angustiosa expresión de Carmela quedó cortada en seco por el coronel Cris, quien se dirigió a ella con acerada expresión:

-¡Por favor, sargento, domine ese histerismo si desea llegar a ser un mediano soldado!

A continuación volvió a comunicar con las «golondrinas» y su serena expresión levantó olas de indignación en Carmela que, no obstante, dominó sus impresiones.

-¡Observaciones visuales! ¡Atención a las explosiones y aprovechen el momento para la maniobra de regreso, ya que la atracción que sufren sus «golondrinas» quedará rota! ¡Una vez emprendido el regreso deberán ir descargando inmediatamente los gases!

En la pantalla, casi al mismo tiempo que hablaba Cris, se observaron las dos gigantescas explosiones, quedando iluminada una gran parte del planeta metálico contra el cual se produjeron; tal luminosidad sirvió de fondo para mejor precisar la posición de las dos «golondrinas», las cuales, libres del efecto de la atracción, recobraron su capacidad de maniobra y viraron, libertando al propio tiempo los gases de que iban cargadas, que al contacto con las radiaciones electromagnéticas comenzaron a vibrar en resonancia, produciendo una luz intensísima, tal que si fuese de día.

La voz vibrante del profesor Añúa se percibió en el departamento de mando a través del «visófono».

-¡Victoria, coronel! ¡Ahí lo tenemos bastante claro! ¡Retransmito la imagen que se percibe a través del telescopio electrónico!

La visión, a una distancia relativamente corta y a través de las lentes de aumento, era casi perfecta y con la luz producida al choque de las radiaciones con los gases liberados se precisó con toda claridad la inmensa mole del planeta metálico que, en su rápido girar, dispersó los gases quedando

totalmente iluminado, envuelto en ellos, mostrando su construcción esférica casi perfecta y su superficie llena de sombras.

El humo de la explosión atómica se iba disipando rápidamente, quedando también rezagado en el continuo avance del planeta y éste aparecía cada vez más claro entre los desgarrones producidos en la nube de humo, pudiéndose apreciar con claridad casi perfecta los impactos logrados por la desintegradora explosión.

-¡Fíjese en la «herida» que le hemos producido, coronel!

Las dos «golondrinas», mientras tanto, se acercaban veloces, dejando la estela luminosa producida por la liberación de los gases contenidos aún en sus depósitos y la voz del observador jefe llegó a la cabina de mando,

-¡Victoria, señor! ¡Hemos logrado unas buenas películas del momento de la explosión!

Se produjo entonces como un relámpago surgido de las entrañas del planeta metálico y una de las «golondrinas» se sintió violentamente sacudida en el espacio, incendiándosele la cola. Afortunadamente la falta de aire hizo que la combustión quedase cortada rápidamente; pero no se pudo evitar que el trozo afectado saltara, desprendiéndose, haciendo que el aparato entrase en barrena.

Carmela vio reflejado el accidente en la pantalla y cerró los ojos; pero los pilotos del aparato accidentado desprendieron la carlinga de los restos del aparato, poniendo en acción el pequeño motor supletorio que debería mantenerlos en el espacio, del cual fueron rápidamente recogidos por una de las «lentejas» salidas de la isla-base en su auxilio.

La *Numancia* quedaba en tales momentos al alcance del tiro del planeta, según las experiencias de Brand, y Cris ordenó variar el rumbo rápidamente, deseoso de sacar a la Patrulla del radio de acción de los disparos eléctricos lanzados directamente desde el planeta.

Pero por rápida que fue la maniobra, más rápidos fueron los enemigos: en el área del planeta destellaron dos relámpagos y la propia *Numancia*, alcanzada por azar, experimentó una fuerte sacudida, a cuyo tiempo los controles de averías lanzaron sus estridentes señales de alarma. La avería se había producido en uno de los compartimientos destinados a almacén y no tardó el espacio en quedar vigorosamente iluminado a consecuencia de un escape de gases, producido al reventar dos de los

depósitos.

-¿No quería que nos viésemos las caras, profesor? Pues nos las van a ver y bien a gusto. Han reventado algunos de los depósitos de gases producidos por usted... Pero no se preocupe que les voy a dar una cumplida respuesta...

Cris, ante el micrófono de órdenes, parecía agigantarse:

-¡Atención! Departamento primero... Tiendan barrera de rayos «DOX»...

Los rayos «DOX», de extraordinaria potencia, eran generalmente empleados más como arma defensiva que como arma ofensiva, pues aunque su radio de acción efectivo no era corto, unos 15.000 metros, no representaban gran cosa en las batallas siderales, que en la mayoría de las ocasiones se libraban en espacios inmensos en que las aeronaves no llegaban a verse siquiera y en que las armas debían tener un alcance bastante superior al de los rayos. Sin embargo, éstos no permitían que dentro de su radio de acción penetrara cuerpo alguno, haciendo explotar los proyectiles tan pronto entraban en colisión con ellos, así como a las aeronaves o vehículos que no contaran con una defensa adecuada contra ellos. Eran capaces de detener algunos tipos de radiaciones como las eléctricas y las atómicas y una masa como la del planeta metálico también hubiese podido vencer su resistencia, comprimiéndolos.

-¡La barrera de rayos «DOX» ha sido tendida!

En las variaciones de rumbo efectuadas, los dos superdestructores habían guardado la formación en triángulo que les había sido ordenada, pero una vez sembrada la ruta a seguir por el planeta con los gases, la detección de aquel resultaba fácil y Cris ordenó a los superdestructores que rompieran el triángulo formado, pasando a ocupar sus puestos normales de combate, según tácticas preestablecidas.

-¡Atención! ¡coronel Díaz de la Vega a comandantes de los superdestructores *Neptuno* y *Hércules*! ¡Adopten la formación «D» y protéjanse con cortinas de rayos «DOX»! ¡Manténganse, como mínimo, a 40.000 metros del enemigo!

En el espacio comenzaron a fulgir con incesante parpadeo las explosiones de los disparos surgidos del planeta metálico y que al llegar al límite de su efectividad y chocar en la barrera los rayos «DOX», estallaban

con terrible fuerza, produciendo espantosas livideces, rompiendo la fría temperatura reinante.

Por orden de Cris, Carmelita se había situado en el control de distancias, vigilando el rumbo de la Patrulla en relación con el avance del coloso, en el que, con la ayuda del telescopio electrónico, se podían distinguir algunos de sus relieves, agudos como espolones y de un color negro azulado y a los cuales la luz producida por los gases en libertad arrancaba brillantes destellos.

Cris tuvo un rápido cambio de impresiones con el profesor Añúa;

-¿Qué me dice ahora, profesor?

-Que me agradaría ver a las criaturas que animan todo eso. En ese monstruo metálico existen unos cerebros infernales que nos espían, nos estudian y se disponen a realizar lo imposible por destruirnos sin ellos dejarse ver a su vez. Seguramente nos temen por su experiencia con la *Pigmalión*.

-No estoy demasiado seguro de que nos teman, profesor. Me estremece pensar en los medios de agresión con que puedan contar, pues estoy seguro de que no han dado de sí todo lo que pueden, ni mucho menos; la prueba de ello son los planetas que llevan aniquilados. Debe ser una raza potente, con medios; de otra forma no se lanzarían a la conquista, al dominio absoluto del Universo, a su destrucción, que es lo que, por lo visto, pretenden. Pero voy a tratar de adelantarme a sus propósitos...

La voz de Cris se tornó vibrante al dirigirse a sus dotaciones.

-¡Atención los del *Numancia*! ¡Atención los comandantes de los superdestructores! ¡Dispongan cargas atómicas en todos los tubos lanzatorpedos!

Con las maniobras realizadas se mantenían las distancias con el monstruo de metal, verdadero fenómeno del espacio, impresionante en su incontenible avance. Se vivían momentos de expectación y angustia y a excepción de los que realizaban una labor que les imposibilitar; la observación, todos los ojos se hallaban vueltos hacia las pantallas o bien entregados a la observación directa, los que tenían ocasión para ello. Y en ninguna de las tres aeronaves se escuchaba el menor susurro, a excepción de las voces de mando o las respuestas de los afectados por las órdenes.

Un nuevo fenómeno se produjo en el espacio, el cual se vio cruzado por veloces torpedos que iban dejando una estela fulgurante y que estallaban

con extraordinaria violencia al chocar contra la barrera de rayos «DOX», los cuales se veían comprimidos por las potentes ondas explosivas, haciendo cabecear a las aeronaves de los hombres de la Tierra.

-¡Dispuestas cargas en el *Hércules*!

-¡Comandante del *Neptuno* a coronel jefe! ¡Dispuestas las cargas!

De los diversos departamentos del *Numancia* fueron llegando también los avisos en rápida sucesión:

-¡Tubo número uno dispuesto!... ¡Número dos a punto!

Así los diez tubos de que disponía la isla-base en cada uno de sus costados. Y Cris, tan pronto supo las armas dispuestas, ordenó la maniobra:

-¡Rumbo 3-7-7!

La orden fue transmitida a los dos superdestructores y pronto las tres unidades quedaron fuera de la acción luminosa de los gases, recrudeciéndose entonces la acción de los disparos enemigos que se estrellaban unos tras otros en la barrera de los «DOX».

Cris, atento a la maniobra, ordenó hacer fuego:

-¡Superdestructor *Hércules*! ¡Fuego!

El Hércules, que señalaba el eje de la maniobra, disparó tres de sus torpedos en la primera andanada, siguiendo una veloz maniobra que le permitió situarse en posición para lanzar la segunda andanada, también de tres torpedos, recobrando inmediatamente su posición normal en la formación.

Observó Cris en la pantalla del «noiteleran» la marcha de las dos andanadas y desde el tablero de mandos las fue dirigiendo por fuera de la zona iluminada.

Los tripulantes de las tres aeronaves se hallaban pendientes de los seis torpedos. Sabían lo que podía significar el fracaso de los mismos y cuando los tres primeros entraron en contacto con el planeta, explotando furiosos, se pudo oír en el *Numancia* un colectivo suspiro de alivio que no se convirtió en estentóreo hurra por disciplina.

Los tres siguientes impactos sucedieron a los primeros y el profesor Añúa, pendiente del telescopio electrónico, comunicó:

-¡Se les ha hecho bastante daño, coronel! Ese cuerpo no es insensible a la reacción en cadena y se han producido en el verdaderas brechas... Tan pronto se disipe el humo podré hacer observaciones más exactas...

-Gracias, profesor. Vamos a tantear con las ondas «ultrasónicas»...

¡Atención! Emisión ultrasónica de exploración con proyección...

A continuación se produjo la orden de fuego:

-¡Torpedistas de la *Numancia*! ¡Tubos de estribor, fuego!

El espacio se vio invadido por los veloces torpedos aéreos, conductores de la destrucción y la muerte y en el planeta metálico menudearon los destellos, todos de carácter eléctrico. Pero nada pudieron evitar y la voz jubilosa del profesor Añúa se dejó oír prontamente cuando aún las nubes de humo de las explosiones atómicas ocultaban al planeta:

-¡Estos impactos le han hecho mucho daño, coronel! ¡Si mis teorías no fallan, se habrán producido heridas tan profundas que no tardará en producirse el desequilibrio y con él vendrá la pérdida de velocidad y los pasos en falso...! ¡Creo que con una serie de aciertos más se verá desintegrado, reducido a fracciones y perderá la inercia giroscópica... Y en su caída, al desintegrarse dejará de hacer daño...!

-¡Pues le pegaremos duro, profesor! ¡Atención mis torpedistas! ¡Tubos de babor, fuego!

Los torpedos salieron disparados en dirección contraria a la debida, pero prontamente fueron recogidos por el control electrónico que les obligó a maniobrar, haciéndolos pasar por encima de la *Numancia* para llevarlos en busca del objetivo.

Las nubes de humo atómico en torno al planeta se habían disipado totalmente, pudiéndose apreciar las heridas producidas en su estructura por los torpedos y Cris, tomando como referencia tales heridas, dirigió hacia ellas los nuevos torpedos, deseando producir cuanto antes el desequilibrio en el planeta.

Los detectores de a bordo recogían los espectros de las llamadas de alarma que se producían en el planeta, llamadas de carácter luminoso, no sónico, que fueron quedando registradas para ser reproducidas en sonido, de la misma forma que la banda sonora de las películas, cuyos sonidos responden a las diversas gamas luminosas impresas en ella.

De improviso, las pantallas del radar y de los ultrasonidos comenzaron a registrar movimientos, imprecisos en los primeros momentos, y a poco se dibujaron nubes inconcretas surgiendo en torno al planeta, saliendo en su mayoría de la cara que se ocultaba a la vista de los expedicionarios de la Tierra, y los vigías electrónicos de las tres aeronaves lanzaron la primera

alarma señalando la presencia de una serie de cuerpos metálicos en el espacio, reunidos en compacta formación.

El *Numancia* fue recorrido de popa a proa y de babor a estribor por las alarmantes voces:

-¡Zafarrancho de combate! ¡Todo el mundo a su puesto! ¡Formación enemiga a la vista!

Resultaba impresionante la insistencia de aquellas voces de timbre metálico, completamente uniforme y Carmelita Garrido no pudo menos de sentirse ganada por una especie de vago temor que, afortunadamente, se fue fundiendo al notar la presencia de ánimo con que Cris se disponía a hacer frente a la nueva amenaza.

Las pantallas del radar y de exploración ultrasónica comenzaron a concretar las formas de las aeronaves enemigas y el propio profesor Añúa no tardó en dar noticias.

-¡Cuidado, coronel! ¡Salen un sin fin de aeronaves, tan numerosas como una plaga de langosta! ¡Tratan de escapar de la zona iluminada por el choque de las radiaciones con los gases!

-No le preocupe eso. Hasta ahora, mientras no me demuestren lo contrario, no son capaces de escapar a la detección! !Pero observe ahora la nueva serie de impactos!

La andanada de torpedos disparada por la banda de babor de la *Numancia* embistió contra la parte ya herida del planeta metálico y éste se vio de nuevo envuelto en humo; los detectores y los aparatos de medición dieron notables cambios y el profesor Añúa se expresó con su peculiar vitalidad:

-¡Formidable, coronel! ¡Pierde velocidad de forma sensible! ¡Pero cuidado, pues la plaga de aeronaves se nos viene encima!

La carencia de elementos atmosféricos adecuados hacía que los sonidos no se transmitieran y así, ni el estruendo de las explosiones, ni el zumbido de los motores enemigos llegaban hasta la *Numancia* ni los superdestructores, dando la sensación a los que libraban la batalla, que estaban presenciando una espectacular cinta de cine mudo.

La voz de Cris se dirigió por radioteléfono al destructor *Neptuno*, el más cercano por su posición de vuelo al planeta metálico:

-¡Atención, destructor *Neptuno*! ¡Fuego las dos series de torpedos! Dispónganse a repeler la agresión aérea... ¡Atención las tres tripulaciones!

Vuelvan a cargar los tubos lanzatorpedos. Dispuestas las baterías antiaéreas.

Los miles de metros de cables transmisores se pusieron en función tanto en la *Numancia* como en los dos superdestructores, y los múltiples mecanismos automáticos a los cuales el elemento humano no tenía más que vigilar, no tardaron ni quince segundos en reponer las cargas en los tubos

lanzatorpedos y en disponer las baterías antiaéreas de diversos tipos proyectiles atómicos, rayos «G-Z», rayos ultrasónicos y rayos cósmicos. Ellos, automáticamente, apuntarían hacia los objetivos que les fuesen señalados y dispararían sin interrupción alguna, superando en rendimiento y velocidad al hombre.

Los detectores acusaban en sus pantallas verdaderas nubes de aviones de diversos tipos y, tan pronto como los torpedos lanzados por el *Neptuno* se dirigieron hacia el moribundo planeta, saliendo de la protección de los rayos «DOX», un nutrido grupo de aviones se dirigieron contra ellos disparando incesantemente sus baterías de rayos, sorprendiendo a Cris que dirigía personalmente la trayectoria de los torpedos, dos de los cuales fueron destruidos en el aire.

Entregó Cris el control de los torpedos a la capitán Barrena, señalándole el punto contra donde los debía estrellar y, comprendiendo que la batalla se iba a generalizar, ocupo su puesto ante los micrófonos, manteniendo ante sí la pantalla del «noiteleran» donde se hallaban reflejados la totalidad de los elementos que tomaban parte en la acción.

Dos nuevos torpedos fueron destrozados en el aire, bastante antes de que llegaran a destino. Los aviones enemigos demostraban una firme decisión de proteger a su planeta base, ya que para evitar la acción de los nuevos torpedos, se habían lanzado sobre ellos, desapareciendo en el espacio en voluntario sacrificio con tal de eliminarlos, marcó entonces Cris nuevas directrices y los dos torpedos que quedaban en el aire recibieron una fuerte protección de los aparatos emisores de rayos, logrando así los dos nuevos impactos en la estructura del planeta.

-¡Creo que si logramos hundir en los abismos infinitos esa masa metálica que sirve de base, habremos logrado unas grandes posibilidades de victoria! -exclamó Cris, dejándose llevar un tanto de la excitación de la lucha,

-¡Yo estoy segura de ello, señor! -respondió Barrena desde el control de torpedos- ¡Vengan nuevos torpedos!

-Allá van, Capitán. Repita los impactos en los mismos lugares... ¡Torpedistas de estribor! ¡Fuego del uno al cinco!

Casi instantáneamente surgieron los torpedos, los cuales, fuertemente protegidos, avanzaron veloces, seguidos poco después por otra serie de cinco de la misma banda de estribor.

Los aviones enemigos iniciaban ya sus ataques directos sobre la *Numancia* y los dos superdestructores, cuyas defensas entraron automáticamente en acción; pero la atención de los humanos estaba puesta en los torpedos, sabedores todos que el éxito de la batalla dependía principalmente de la acción de ellos contra el planeta base enemigo.

En medio de una verdadera tormenta de rayos que se entrecruzaban en el espacio, los hombres de la Tierra no tenía vista más que para las máquinas de muerte que, sorteando obstáculos, llegaban ya casi a destino.

Carmelita Garrido iba marcando las distancias que les separaban del objetivo:

-¡Veinte mil!

El profesor Añúa no pudo contener una castiza exclamación:

-¡Vamos a ver si acertáis con la puntilla! ¡Tiene una estocada hasta los gavilanes y no puede tenerse ya en pie!

Por la parte interior de la Numancia se produjeron dos espantosas explosiones que hicieron conmover a los seres de la Tierra, pero la capitán Barrena supo mantenerse firme y aún no se habían extinguido las vibraciones que les habían sacudido, cuando exclamó:

-¡Primera serie en el objetivo...! ¡Segunda Serie en el objetivo!

Y el profesor Añúa no se pudo contener.

-¡Victoria! ¡Pierde velocidad! ¡Se derrumba! ¡Hemos vencido!

Comprobó Cris seguidamente que el profesor no se engañaba. El planeta metálico, roto el equilibrio de su estructura por los enormes destrozos causados en ella, había ido perdiendo velocidad paulatinamente, anulándose así la inercia giroscópica, y de forma brusca había interrumpido su trayectoria de normal avance estallando en fracciones, desmoronándose.

Pero todo no era fortuna. Los vigías de a bordo señalaban algunas averías en la *Numancia* y Cris se dirigió al comandante Barcia.

-Tome la dirección de los mecánicos electrónicos y procure que las averías queden reparadas cuanto antes. Parece que no tienen gran importancia,

pero son un punto vulnerable que debemos tapar.

-Sí, señor. A la orden.

-Profesor Añúa. Desearía que comprobase la existencia de los gases que nos quedan. Aunque los aparatos enemigos son detectados perfectamente, preferiría envolverlos en luz, que se les viera...

-Lo sabremos rápidamente y haremos que carguen una serie de proyectiles con la existencia.

Las pantallas de detección señalaban espesos grupos de aeronaves enemigas que se lanzaban en masa al ataque, cayendo fulminadas muchas de ellas por las defensas automáticas; pero pese a ello no cedían y nuevos grupos ocupaban el lugar de los caídos, mostrando sus ocupantes una fría indiferencia hacia la muerte y la destrucción.

## CAPÍTULO V
## EL ENIGMA

A ambos lados de la *Numancia*, el *Hércules* y el *Neptuno* se batían denodadamente, casi totalmente envueltos en unidades enemigas, las cuales se dejaban caer sobre ellos disparando sus rayos de tipo eléctrico y sus torpedos, tratando de vencer con la potencia de sus embestidas en masa

las barreras de rayos «DOX» que se les oponían. Y la *Numancia* se veía obligada a hacer frente a idéntico problema, poniendo en acción todas sus baterías, todas sus defensas, multiplicándose los hombres, obligando a los mecánicos electrónicos a rendir el máximo.

Del planeta metálico que se precipitaba en el vacío dando tumbos, surgían aún aeronaves que lo abandonaban en última instancia, algunas de ellas de colosal tamaño, pudiendo competir con la propia *Numancia*, contra la cual se lanzaron dispuestas a aplastarla.

Pero el envite fue resistido tranquilamente y la mayoría de los atacantes fueron quedando desintegrados por la acción de las baterías ultrasónicas y las de rayos cósmicos principalmente, mientras los ligeros proyectores atómicos iban logrando la dispersión de los cerrados grupos enemigos, manteniendo los torpedos aéreos las distancias, en lo posible, para evitar graves daños.

Las aeronaves de los hombres de la Tierra, con sucesivas descargas de antiprotones, iban logrando anular el principal peligro; los rayos eléctricos de superior alcance disparados por las unidades mayores, y Cris ordenó una maniobra, haciendo retirar a su patrulla protegida por los «drapers» para esquivar la detección enemiga, saliéndose nuevamente de los espacios que habían quedado iluminados por nuevas emisiones de gases. Tenía presente la táctica empleada por Brand para esquivar el acoso enemigo, saliéndose de tiro y ordenó a los dos superdestructores que continuasen el rumbo iniciado:

-¡Deben mantener por encima de todo la distancia de 40.000 metros y suspendan la emisión de ondas «drapers»! Únicamente las reanudarán en caso de verdadero peligro, Ustedes harán de cebo mientras yo me escudo en la impenetrable oscuridad.

Corrigió Cris la dirección de la *Numancia*, saliéndose de la formación y describió un cerrado arco, manteniéndose impenetrable al enemigo; al cesar la emisión de los «drapers» por parte de los destructores, éstos fueron

detectados de nuevo y las aeronaves enemigas se lanzaron a una persecución suicida, cerrando de nuevo filas, disparando sin cesar sus rayos eléctricos, seguros del triunfo al notar que el enemigo huía delante de ellos.

Era el momento en que la *Numancia* cerraba el arco escudada en las tinieblas, avanzando sobre el flanco enemigo, midiendo las distancias. El coronel Cris, personalmente, tomó la dirección de las baterías desintegradoras. Eran momentos de emoción, pero dominando sus nervios vio como por la pantalla, ante su vista, comenzaba a desfilar el enemigo encelado en la persecución de los dos destructores, Y no tuvo más que libertar los rayos desintegradores apenas llegados a la distancia precisa, para que las aeronaves enemigas fuesen desapareciendo en el espacio, tal que si una gigantesca hoz las fuese segando, quedando la mayoría de ellas desintegradas, precipitándose otras en el vacío dando volteretas. Mientras tal hecatombe sucedía, el resto quedaba envuelto en luz por los disparos de gases que se hacían sobre ellas, iluminando el espacio, y como hijos de las tinieblas que le temiesen a la luz, se produjo la dispersión, desapareciendo rápidamente en la oscuridad. Los detectores ultrasónicos y de radar registraron aún durante un cierto lapso de tiempo sus movimientos, pero al final toda actividad cesó cuando muchos de los hombres que habían mantenido la lucha comenzaban a sentirse agotados.

-¿No los perseguimos, Señor? -interrogó la excitada capitán Barrena.

-Sería difícil. Se han dispersado precisamente para evitarlo y podría resultarnos peligroso. Ponganse en contacto con los dos superdestructores para reunirnos cuanto antes con ellos. ¡Comandante Barcia!

-A la orden, señor.

-¿Qué hay de averías?

-Nada de importancia, señor. Todo ha podido ser reparado. Tenemos una baja, el sargento Sánchez, carbonizado por la descarga primera...

-Lo siento.

Los dos superdestructores habían salido de la dura lucha con ligeras averías que se estaban reparando sobre la marcha y Cris, complacido, dejó la dirección de la aeronave al comandante Barcia y se dirigió hacia el departamento del profesor Añúa, al que también se había reintegrado Carmela. Le agradaba cambiar impresiones con el ingenioso sabio, penetrar en sus sustanciosas ideas.

-¿Qué me dice, profesor?

-Que ha sido una magnífica pelea y no estoy arrepentido en absoluto de haber venido. El factor sorpresa nos ha favorecido bastante y nuestra superioridad ha quedado indiscutiblemente afirmada. Y sin embargo, creo que no podemos descuidarnos un segundo.

-Pienso en lo mismo. Me agradaría saber qué es lo que ocurre en estos momentos en los cerebros que les dirigen.

-Es muy difícil llegar a saber lo que pueden pensar, máxime si tenemos en cuenta que son unos seres cuya naturaleza desconocemos, a los cuales ni aun hemos visto y ni siquiera conocemos su medio ambiente.

-Lo que no comprendo es que haya humanidad que pueda mantenerse en un planeta completamente metálico.

-Muy justo, coronel, si pensamos en una humanidad hecha a imagen y semejanza nuestra; pero ¿no ha llegado a pensar que pueden existir seres con facultades similares a las nuestras, pero de

constitución diferente y conceptos de vida diametralmente opuestos a los nuestros? -interrogó el profesor Añúa-. Además- continuó el profesor- ignoramos cómo era el planeta exactamente y si habitaban en él o únicamente lo empleaban como base. Me inclino a creer más esto último.

-Pienso en lo mismo y es lo que me inquieta, pues estamos igual que al principio. Lo único que hemos logrado al enseñarles los dientes es a que nos teman y que en lo sucesivo sean más precavidos; pero ¿hacia dónde se habrán dirigido? ¿Qué causas habrán motivado que tal planeta haya salido de su centro natural para invadir otros reinos que le son extraños?

El coronel Cris planteábase a sí mismo, una tras otra, tales preguntas, pero deseando que el profesor Añúa las tomase como suyas. Buscaba excitar la imaginación del sabio, deseoso de hallar respuestas, si no exactas, aproximadas.

-Es difícil poder responder a esa serie de preguntas, coronel. Sin embargo, hubiese resultado fácil de haber logrado un solo prisionero. Imagino que deben tener otras bases y a ellas se habrán dirigido. Últimamente he pensado que los planetas desaparecidos en el espacio pudieran no haber desaparecido como imaginamos.

-¿Qué enigma es ese, profesor?

-No es ningún enigma. Las muestras de «aire» recogidas en los «samples» al pasar por donde se habían producido algunas de sus explosiones,

han dado la presencia de carbono 14 y tritium. Esto demuestra que ellos conocen la desintegración del átomo, la reacción en cadena. Conociendo esto y empleándolo sin conciencia, pueden haber destruido la atmósfera de los planetas desintegrándola, y al desaparecer ésta, han desaparecido con ella los gases raros y, por tanto, el que las radiaciones electromagnéticas puedan revertir en luminosas. Los planetas continuarán posiblemente en su sitio siguiendo su normal trayectoria, pero se habrán convertido en invisibles, posibilitándolos así como bases de ellos...

-¿Descarta eso la posibilidad de que hayan empleado el planeta que les hemos destruido como fuerza de choque?

-En absoluto. El que se disponga de un desintegrador atómico no quiere decir que en caso de necesidad no se emplee un puñal.

-¡Pero eso sería terrible, profesor! ¡El Universo entero peligraría!

-Exactamente. Por eso le decía antes que no podemos dormirnos ni un segundo. Ellos no se conforman con la derrota y volverán sobre nosotros; pero además, continuarán sus vastos planes de destrucción. Si pudiésemos conocer qué móviles les impulsan, tal vez podríamos adivinar el lugar en que van a descargar su próximo golpe y les saldríamos al encuentro. Porque no creo que sean los motivos corrientes, esos motivos que nos han impulsado a nosotros a lo largo de nuestra Historia, los que les mueven a ellos. Si les moviese la falta de espacio vital, en vez de destruir planetas se hubieran limitado a ocupar los que necesitasen. Ellos deben ser naturalezas diferentes, poseerán otros conceptos de vida y se moverán por motivos que nosotros no podemos comprender,

-¡Es angustioso! ¿Qué planeta será ahora el condenado a muerte? Usted los conoce todos y debe saberlo... No me he vuelto loco, profesor. Necesito que lo adivine. Sabe los que han caído y los que restan con vida. ¿Cuál es el más próximo? Tenga la seguridad de que contra él irá dirigido el próximo golpe. Tal vez con nuestra acción nos hemos interpuesto y los hayamos salvado momentáneamente.

-Es una idea, coronel. Una idea digna de estudio y no tardaré mucho en responderle, si me deja estudiar y medir un poco. La trayectoria que seguía el planeta destrozado tal vez me ayude a hallar la solución...

-¡Hágalo! ¡Piense que pueden existir en este momento unos centenares de millones de criaturas inocentes, condenadas a muerte y que sólo

nosotros podemos evitar su desaparición! ¡Piense lo que sería si este peligro amenazase en este momento a nuestra Tierra, a nuestras familias, nuestros hogares!

-Ya lo he pensado y por eso tengo más interés. Porque además estoy convencido de que si no se les frena a tiempo, toda nuestra civilización llegará a peligrar.

-Pues ahí le dejo, profesor. Yo voy a tratar de comunicar con nuestro destacamento, a ser posible directamente con el general Rodas. Quiero darle cuenta detallada de cuanto ha sucedido y advertirle del grave peligro que se cierne sobre el Universo para que permanezcan vigilantes. Esta osada gente puede intentar una incursión desesperada si han llegado a identificarnos...

No habían transcurrido quince minutos de la anterior conversación cuando el profesor Añúa abordó de nuevo al coronel Cris.

-¿Qué hay de nuevo, profesor?

-Algo que no termino de comprender de momento, existen dos planetas que pueden ser una buena presa para ellos. El primero, conocido por nosotros con la cifra «D-3», lo tienen ellos rebasado y sin embargo, existe. El segundo, conocido por «D-7» se halla bastante próximo a la trayectoria que seguía el planeta metálico y temo que sea la próxima víctima.

-¿Y cómo pueden haberse dejado atrás el «D-3»?

-No puedo responderle, coronel. Sin embargo, abrigo la convicción de que «D-7» es la próxima víctima, porque no existe otro inmediato a la trayectoria que seguían...

El coronel Cris meditó unos instantes.

-Está bien. Nos debemos decidir por un rumbo u otro y ese puede ser bueno. No conocemos sus bases y aunque las conociésemos, me agradaría conocerlos un poco mejor antes de abordarlas...

-¿Qué le ha dicho el general Rodas?

-Quieren más informes. Debemos continuar aquí batiendo el cobre...

-Pues continuaremos, coronel. Continuaremos y venceremos -respondió el profesor Añúa firmemente convencido.

Decidido el rumbo a seguir por la Patrulla Volante, ordenó el coronel Cris las correcciones debidas de acuerdo con los datos que le suministraron el profesor y el oficial de derrota y se dirigió luego al profesor:

-¿Y que es lo que conoce de ese planeta «D-7»? ¿Qué puede interesar

en él a los bárbaros atacantes esos?

-Ignoro qué es lo que puede interesarles, porque desconocemos qué fines persiguen, como ignoramos los motivos que pueden haberles inducido a dejar a «D-3» con vida. Sólo puedo decirle que «D-7» ha ofrecido a nuestra observación unas características similares a las de «D-3» y que ambos tienen una densidad y dimensiones parecidas a las de la Tierra, por lo que su gravedad no creo que nos resulte nociva por defecto ni por exceso. Nuestro organismo tiene unos límites de tolerancia que no debemos rebasar. Una gravedad excesiva agolparía la sangre a nuestros pies y nos mataría, y aun no llegando a tal exceso, cualquier movimiento nos costaría un gran esfuerzo y estaríamos continuamente agotados. Por el contrario, una falta de gravedad nos acumularía la sangre en la cabeza y moriríamos bonitamente de una congestión: El velo negro y el velo rojo de los aviadores al picar o subir con exceso de velocidad en cabinas no acondicionadas especialmente como las que disfrutamos en la actualidad. En cambio, una mayor gravedad, dentro de un margen tolerable, nos permitiría una mayor ligereza y podríamos saltar con gran facilidad tres o cuatro metros de altura...

-¿Tiene atmósfera «D-7»?

-La tiene. De lo contrario, carecería de luz y a la distancia que se halla de la Tierra, continuaríamos ignorándolo. Lo que no puedo asegurarle es que sea una atmósfera en la que podamos respirar. Sé que existen en ella gases susceptibles a las vibraciones con los rayos electromagnéticos que les envía su sol, pero nada más. Habremos de producirnos con cautela si es que llegamos a tener la necesidad de penetrar en él, si es que no llegamos tarde.

-Confío en que no, profesor. Los datos que he ido conociendo me hacen pensar que estamos ante unas criaturas que no deben diferir gran cosa de nosotros física y fisiológicamente. Me hace pensar tal cosa el que si no han anulado al planeta «D-3» es porque lo necesitan, y que va a ocurrir algo semejante con el «D-7». Ahora estoy casi seguro de que los planetas aniquilados o reducidos a la condición de inservibles, Según sus teorías, deben ser planetas que no poseían condiciones de habitabilidad o, al menos, de aprovechamiento.

-Es posible; pero también pueden ser mundos cuyos habitantes se hayan resistido obstinadamente a la ocupación. En fin, coronel, con su permiso voy a dedicarme a la observación de nuestro «D-7» y a medida que

vaya conociendo cosas de él, se las iré comunicando.

Inclinóse el sabio sobre el telescopio, haciéndolo girar lentamente, conectándolo con las baterías para una mayor claridad de visión y mientras Carmela se disponía a tomar nota de las indicaciones del profesor, Cris, tras dirigirle una rápida mirada escrutadora, salió del departamento después de un escueto:

-¡Hasta pronto!

* * *

Las tres aeronaves, marchando el *Neptuno* en posición de vanguardia, fueron saliendo de las tinieblas penetrando en las capas atmosféricas bien iluminadas por la presencia de suficiente cantidad de gases raros, del planeta «D-7». Habían elegido para la penetración la parte del planeta en que era de día y tras haber puesto en juego los estabilizadores giroscópicos, redujeron considerablemente la velocidad realizando una penetración lenta, sintiendo inmediatamente la atracción del planeta.

-¡Estamos de suerte, coronel! Uno de los más angustiosos problemas, el de la gravedad, se resuelve a nuestro favor. La gravedad aquí es ligeramente inferior a la de la Tierra, lo que no nos afectará excesivamente.

-Pues tenemos otra buena nueva, profesor. Se han recogido muestras de aire en los «samples» y analizado da una composición muy similar al de la Tierra a la misma altura. Esperemos que en sus capas inferiores no nos defraude.

-¿Y por qué habría de defraudarnos? Colóquese al telescopio y observe... Grandes masas de verdura, océanos, montañas... Nieve en las cumbres, tal vez demasiado... Oxígeno, hidrógeno, carbono y, seguramente, nitrógeno. Vida vegetal indudable y, posiblemente, vida animal. No tardaremos en saberlo...

-Vamos a dar salida a nuestras «golondrinas» para que se mantengan en plan de vigilancia en la periferia de la atmósfera y a las «lentejas» para que exploren de cerca el terreno. Quiero que levanten mapas rápidamente. Nosotros deberemos volver a la periferia de la atmósfera también. Aquí se gasta excesiva energía y no debemos correr el albur de que a esa gente se le ocurra desintegrar la atmósfera y quedemos convertidos en nubecillas de gas.

El altímetro electrónico hizo vibrar su voz metálica:

-¡Doce mil metros!

-Fíjese, profesor. Corrientes de agua; allí existe algo muy semejante a nuestros desiertos. Tengo la convicción de que vamos a hallar un mundo habitado, no sé por qué clase de seres, pero habitado...

-¡Diez mil metros!

Cris se dirigió al micrófono de órdenes:

-¡Tornen a elevar vuelo hasta salir a la periferia de la atmósfera! ¡Comunique la orden a los dos superdestructores! ¡Catapulten al espacio a las dos escuadrillas de «golondrinas» para que se dirijan rápidamente a la periferia de la atmósfera y establezcan servicio de vigilancia a distancia suficiente para poder prevenir cualquier ataque del exterior! Dispongan seguidamente la primera escuadrilla de roto-aviones en misión de exploración...

Mientras las órdenes eran cumplimentadas, dictó Cris por escrito las instrucciones para los exploradores y las entregó a la capitán Barrena:

-Entregue estas instrucciones al jefe de escuadrilla. Que se ciñan estrictamente a ellas y si son atacados que rehuyan el combate, que avisen y se dirijan inmediatamente a toda velocidad a nuestro encuentro.

-Sí, señor.

Tras haber sido catapultadas al espacio las veloces «golondrinas», lo fueron los roto-aviones o «lentejas», según eran conocidos en el argot de los tripulantes, los cuales se mantuvieron por unos instantes inmóviles sobre la isla-base, tal que si se hallasen suspendidos de algún hilo invisible y repentinamente se ladearon ligeramente, destellando al aire sus estructuras metálicas y salieron a una endiablada velocidad, perdiéndose prontamente de vista.

Los roto-aviones, por su peculiaridad de poderse detener en el espacio, manteniéndose inmóviles todo el tiempo que les fuese necesario gracias a la inercia giroscópica de que disfrutaban por su especial construcción, la gran velocidad que desarrollaban cuando era necesario correr, el poder volar a velocidades medias y mínimas y aterrizar en el espacio mínimo, era el aparato ideal para desarrollar las misiones de exploración. Además de tales cualidades, estaban poderosamente armados y no resultaban enemigo fácil, ya que a su vez, construidos en su mayor parte de «zirconio G», transparente, resultaban punto menos que invulnerables a proyectiles y radiaciones.

E iniciaron su exploración descendiendo sobre el nivel de las aguas de una bahía, reconociendo la costa y midiendo por medio del radar la profundidad y densidad de las aguas, estudiando las corrientes de las mismas, tomando muestras de aire para analizarlo, disponiéndose, en fin, a lograr un profundo conocimiento del planeta antes de penetrar definitivamente en él.

Llegadas rápidamente las «golondrinas» a sus respectivas demarcaciones de vigilancia, se pusieron en contacto con la isla-base comunicando el clásico «sin novedad», y fueron los rotoaviones los primeros en hallar rastros de violencia, lo que les hizo pensar en el enemigo, transmitiendo inmediatamente su informe a la *Numancia:*

-«Nos hallamos volando sobre un vasto continente, señor, y observamos huellas de desastre por todas partes. Violentos incendios, éxodos de poblaciones por los mal trazados caminos, pequeñas ciudades punto menos que arrasadas y lucha. No podemos precisar más de momento porque, particularmente en los puntos de fricción, es de noche. En una vasta extensión de terreno se observan violentos fogonazos, tal que si en el se estuviera librando una verdadera batalla, pese a todo ello, no hemos logrado detectar una sola aeronave en vuelo y ni siquiera posada en el suelo. Esperamos órdenes por si desea que descendamos más para precisar detalles.»

-No es necesario. No quiero exponer sin saber exactamente cómo ni por qué. Regresen inmediatamente...

El coronel Cris mostró su perplejidad al dirigirse al profesor Añúa.

-Ya ha escuchado los informes. Indudablemente, se lucha, hay guerra; pero ¿quiénes son los contendientes? Es extraño que no hayan detectado una sola aeronave. Ellos son capaces de desenvolverse perfectamente con ellas en la más impenetrable oscuridad. La noche no puede detenerles.

-¿Y si no fuesen ellos los que pelean? ¿Y si nos hubiésemos equivocado?

-Debemos admitir tal posibilidad, aunque me resulta raro. Tal vez se hayan dirigido a otro lugar y estemos perdiendo aquí un tiempo precioso.

-Había que correr ese albur y lo hemos corrido. Pero no me alejaré sin antes comprobar personalmente, sin asegurarme si son ellos o no quienes luchan... Tan pronto ellos regresen con los informes y los mapas, saldré personalmente.

## CAPÍTULO VI
## DAMOA, CAPITAL DE BRADILAND

-Ya estamos sobre el continente, señor...

El coronel Cris se asomó al transparente de observación y pudo divisar aún la línea que formaban en su encuentro el mar con la costa y que había sido rebasada. El sol iluminaba ya la línea de costa, trayendo el día al continente, permitiendo una clara observación y Cris consultó el altímetro que señalaba los 2.000 metros. El panorama a la vista aparecía tranquilo y los vigías electrónicos no habían dado la señal de alarma. Consultó Cris el mapa que había sido levantado horas antes y se dirigió al piloto de la aeronave:

-Vuele despacio siguiendo la línea de la costa. El mapa señala una importante aglomeración urbana, posiblemente puerto de mar...

-Sí, señor. A la orden.

A una velocidad de vuelo no superior a los 500 kilómetros por hora fueron recorriendo la línea de la costa y llevarían escasamente veinte minutos en tal dirección, cuando el observador señaló hacia la tierra.

-Ahí tenemos la ciudad, que no es de tamaño despreciable.

Cris dirigió su vista hacia la ciudad que se extendía a sus pies y divisó un espacioso puerto cuajado de velas de los navíos surtos en él, dispuestos a zarpar la mayoría de ellos, y el humo de las chimeneas de otros buques, mezclados entre los primeros. Pese a la altura y la distancia a que se hallaban aún, observó Cris bastante desorden. Comprendió inmediatamente que la guerra no había llegado aún allí, pero que, sin embargo, comenzaba a reflejarse ya. Y ordenó:

-Como ignoramos la clase de armas de que puedan disponer y el recibimiento que nos harán, nos protegeremos con una barrera de rayos «DOX», pero regulando su emisión con el altímetro, no vayamos a causar algún daño innecesario...

Funcionó inmediatamente la emisora de rayos y el roto-avión fue descendiendo lentamente, hasta volar sobre la ciudad. No se produjo disparo alguno ni se dio el más leve movimiento de agresión y Cris ordenó entonces:

-¡Atención «R-2» y «R-3»! Deberán mantenerse vigilantes en el espacio a 1.000 y 3.000 metros, respectivamente. Nosotros nos disponemos a tomar tierra.

Las dos «lentejas» que formaban escuadrilla con la tripulada por Cris

se situaron rápidamente en las alturas señaladas y el coronel se dirigió a su piloto:

-Cuando no han disparado es señal de qué no tienen armas antiaéreas. Corte la barrera de rayos y descienda lentamente hasta los 300 metros. Dé la vuelta por la periferia de la ciudad y termine luego en el puerto.

Comenzó a descender el aparato y pronto pudo ver Cris cómo las carreteras de acceso a la ciudad constituían un verdadero hormiguero humano. Ordenó que el descenso fuera más rápido para observar mejor, e inmediatamente se dio cuenta que entre las gentes se producía un verdadero movimiento de pánico y que la mayoría abandonaba la carretera para arrojarse en los campos, diseminándose por ellos, buscando el amparo de los accidentes del terreno. En la carretera habían quedado abandonadas grandes cantidades de enseres y vehículos y Cris movió su cabeza tristemente.

-Estas pobres gentes son presa del mayor de los pánicos y nosotros no hemos hecho más que aumentarlo con nuestra presencia. Dan la impresión de que han recibido el daño desde el aire...

Volando casi a ras de los tejados marcharon por la periferia de la ciudad, presenciando espectáculos similares al producido en la carretera y Cris indicó al piloto:

-Salga hacia el mar y penetraremos en la ciudad desde él. De lo contrario, la gente que se halla en el puerto, tan pronto se dé cuenta de nuestra presencia se arrojará al mar.

Realizada la maniobra, observaron cómo las velas de los navíos eran recogidas rápidamente, tal que si tratasen de pasar desapercibidos y luego la gente emprendía la huida, alejándose del puerto corriendo para meterse en la ciudad. La amplia explanada del puerto quedo rápidamente vacía y Cris, deseoso de ponerse en contacto cuanto antes con aquellas asustadizas gentes, dio orden de tomar tierra.

-¡Señor! Pueden disparar sobre nosotros. Algunos de esos navíos poseen cañones. Los he visto bien.

-Yo también los he visto. Son cañoncitos como los que usaban en la Tierra hace novecientos años y que cuando los contemplamos en los museos nos hacen reír. Sus proyectiles, si llegan a disparar, rebotarán en la estructura de nuestras «lentejas» como pelotas de goma...

Y efectuada la maniobra llegaron a posarse blandamente en el suelo.

A través del transparente de la carlinga se mantuvieron en observación durante unos minutos, pero no les fue dable ver a nadie, ni en el puerto, ni en los navíos que continuaron inmóviles, mecidos blandamente por las aguas. En torno a ellos se observaba igualmente un silencio casi absoluto, roto únicamente por el trepidar de las máquinas de los buques de vapor, y Cris sonrió a tiempo que daba orden para que fuese alzado el techo de la carlinga.

-Será mejor que nos dejemos ver, que se den cuenta de que somos criaturas como ellos.

-Supongo que no pensará salir sin la protección de la escafandra.

-Naturalmente que no. ¡Vamos!

Saltó Cris ágilmente delante, sintiendo la ligereza que le comunicaba la menor gravedad del planeta y a continuación saltó el resto de la tripulación, a excepción del piloto, que se quedó de guardia en el interior de la aeronave, dispuesto a iniciar de nuevo el vuelo.

-Continúa sin verse un alma, señor.

-La curiosidad acabará por hacer mella en ellos y no tardará en asomar alguien la cabeza.

Cris se volvió rápidamente hacia la parte del mar y llegó a tiempo de ver cómo, en uno de los navíos, se escondía rápidamente una cabeza.

-¡Pueden salir tranquilamente! ¡Venimos en son de paz! -gritó el piloto a través del micrófono y cuya voz despertó extraños ecos en el silencio.

-Es inútil -dijo Cris-. No le entenderán y la voz, escuchada a través del micrófono, les asustará más aún. Me quitaré la escafandra y les hablaré directamente. Tengan las armas dispuestas por si acaso...

Despojóse Cris de la escafandra e hizo un saludo de tipo natural, saludo que se había usado primitivamente en la Tierra y que luego había visto usar a las tribus primitivas de Venus y Júpiter, levantando la mano derecha extendida a la altura de su cabeza con la palma vuelta hacia afuera en amistoso ademán, y habló procurando dar dulzura a su voz.

-¡Somos seres semejantes a ustedes y venimos a ayudarles! No deben temernos. Somos amigos, buenos amigos...

Una cabeza poseedora de unos grandes ojos asomó entonces frente a Cris y este le dirigió una sonrisa, pero la cabeza tornó a desaparecer rápidamente, como obligada por una mano misteriosa.

-¡Imposible, señor! ¡Tienen demasiado miedo! ¿Quiere que vaya allí y

la saque a la fuerza?

-No. Nada de violencias. Ella volverá a salir.

Era una cabeza femenina y nada fea por cierto. Parecía una antigua estampa de la Tierra...

La cabeza femenina volvió a asomar, pero esta vez la siguió el cuerpo con decisión, y una vez el cuerpo fuera se hubo de defender a manotazos de las manos misteriosas que, saliendo tras ella, trataban de hacerla volver. Pero la muchacha, pues de una joven se trataba, logró zafarse, separándose un par de metros del lugar y quedó frente a Cris, mirándole con temerosa expresión aunque tratando de corresponder a la sonrisa del hombre de la Tierra.

-Fíjese bien, por favor, capitán -murmuró Cris-. Es una auténtica belleza, Y sus vestidos me recuerdan a los de mitad del siglo XIX allá en la Tierra.

-Así es, señor. Está en consonancia con sus buques y sus cañoncitos. Dijérase que hemos retrocedido a entonces, y la verdad es que ofrecemos un extraño contraste. Podríamos decir: «Cerca de mil años nos separan...»

La muchacha se mantenía en tímida actitud y Cris, sin osar moverse para no espantarla, tornó a sonreírle haciéndole un amistoso ademán con la mano, llamándola. Se comprendía fácilmente que la muchacha mantenía una intensa lucha interior. El amistoso ademán de Cris la decidió y echó a andar un tanto torpemente, saliéndole el coronel español al encuentro.

-Eso esta bien, jovencita. Es usted la más valiente de todas. Aunque sé que no me comprende, debo decirle que su gesto me agrada mucho y que cuenta usted con todas mis simpatías.

Hablaba Cris dando a su voz tiernas inflexiones sin dejar de sonreír y al quedar frente a frente, la muchacha le tendió su mano, que Cris apenas si rozó con la suya que llevaba cubierta por la manopla. Con voz dulce, graciosa, habló algo la muchacha, algo que Cris no entendió.

-Lo siento, hija; no logro entenderte, pero debes decirles a ellos que salgan. Somos sus amigos...

El español, para desvanecer el recelo que aún notaba en la muchacha, se despojó de las manoplas, sacó un par de comprimidos alimenticios, dulces como caramelos, y alargó uno a la muchacha a tiempo que él se llevaba otro a la boca, comiéndoselo, imitándole ella sonriendo seguidamente al notar el agradable sabor, y a continuación se volvió hacia el lugar de donde había

salido hablando en alta voz.

Los recelos comenzaron a disiparse y de varios puntos comenzaron a emerger cabezas, en su mayor parte de mujeres, de hombres maduros y muchachos, La muchacha habíase vuelto hacia Cris y señaló para sí misma, haciendo una especie de presentación.

-Frieda.

Imitóla el español en el ademán.

-Cris.

Volvió a hablar la muchacha, vocalizando bien y señalando para el aire y uno de los acompañantes de Cris, especialista en claves, tomó nota rápidamente de las palabras, adelantándose hacia el coronel.

-Tengo la impresión de que hablan del enemigo. Iré relacionando las palabras...

El aparato transmitió en aquel momento la alarma dada por los aparatos en vuelo y los hombres de la Tierra miraron hacia las alturas con gesto de inquietud. Comenzaba a oírse como un bronco aullido y Frieda, demostrando verdadero pánico, chilló algunas palabras en voz alta. Las demás gentes le imitaron, iniciando todos una veloz carrera para esconderse y los hombres de la Tierra corrieron, a su vez, hacia el roto-avión.

Escasamente emplearon treinta segundos en pilotar el aparato y lanzarlo velozmente al espacio, reuniéndose prontamente con los dos que habían quedado en el aire. Cris, que había vuelto a tocarse con la escafandra, dirigió la vista hacia la pantalla de radar en la que habían aparecido, aunque a bastante distancia aún, más de doscientas aeronaves formando una compacta masa.

-Ahí los tenemos. Seguramente vienen a atacar la ciudad y vamos a evitarlo...

Rápidamente se trazó mentalmente un plan de ataque.

-¡Atención! Elevación hasta los 12.000 metros en ángulo de 80º con la horizontal. Emisión de «drapers» para evitar la detección. Dispuestas las cargas de antiprotones para evitar los rayos eléctricos. Velocidad máxima.

Las tres «lentejas» tomaron altura rápidamente, convirtiéndose en invisibles para los que se hallaban en tierra y al llegar a la altura señalada por Cris habían rebasado cumplidamente el perímetro de la ciudad. En el horizonte, a unos kilómetros, divisaron la compacta formación enemiga

prontamente reconocida por el equipo de hombres de la Tierra.

-¡Son nuestros enemigos del planeta hundido! ¡A por ellos!

Abajo, en la ciudad, se había producido una verdadera oleada de pánico, corriendo las gentes a resguardarse en los edificios más resistentes, lanzándose otros al mar, presas de espantoso terror. Tenían noticias sobradas de los destrozos causados en otras ciudades del interior e instintivamente buscaban la forma de librarse de la muerte... Sólo la joven indígena que había hablado con Cris había adivinado que se debía confiar en él y se quedó en el mismo lugar donde le había sorprendido la alarma, con la vista fija en las alturas donde habían desaparecido las tres, para ella extrañas máquinas, que salían al encuentro de tan numeroso enemigo.

El grupo de aviones enemigos avanzaba en medio de ensordecedor ruido, tal que si con él pretendieran asustar a los habitantes de la desgraciada ciudad y a llegar a unos treinta kilómetros de ella se dispusieron a picar ligeramente para lanzar sus rayos eléctricos contra los primeros edificios.

Pero ya Cris había ordenado lanzarse en picado al máximo de velocidad, siendo localizados rápidamente por las extrañas aeronaves, pese a los «drapers». El jefe del grupo enemigo experimentó una viva sorpresa. Era la primera vez que veía aquel tipo de aeronaves y no contaba con resistencia alguna por el aire. Pero la sorpresa cedió pronto para dar paso a una cólera fría al calibrar mal la potencialidad del enemigo y considerarlo como presa segura. Destrozarían a aquellos ridículos pigmeos que en tan corto número se atrevían a hacerles frente. A una orden suya se desgajaron del grupo una veintena de aparatos para hacer frente a las «lentejas», elevándose con rapidez, pulsando a continuación los disparadores de sus armas eléctricas. Pero el coronel Cris había intuido la orden y hecho disparar los antiprotones que les cubrieron, haciendo detonar furiosamente los rayos eléctricos antes de que llegaran a destino, anulándolos totalmente. Aquello fue como un aviso para el jefe del grupo invasor, que recordó rápidamente el descalabro sufrido en los espacios siderales y dio la orden de dispersión para retroceder rápidamente; pero la orden llegó tarde, pues los tres roto-aviones habían iniciado su emisión de ondas ultrasónicas, descargadas sobre el centro de la formación enemiga, que comenzó a sentir los efectos, quedando sus motores rápidamente bajo la acción de las terribles ondas.

Las vibraciones ultrasónicas, tal que si constituyesen un terremoto

aéreo, comenzaron a hacer trepidar las aeronaves enemigas, obligándolas punto menos que a detenerse al penetrar en sus estructuras, lesionando sus partes vitales, secando en décimas de segundo las pilas y acumuladores de energía, experimentando, a su vez, los tripulantes una angustiosa sensación tal que si su piel, falta de la debida presión, fuese a reventar por las fuerzas internas, haciéndoles perder toda noción de vida.

El jefe del grupo enemigo lanzó desesperadamente la orden de dispersión repetidamente e intentó lanzar una llamada de socorro a los restos del ejército que se hallaban en las bases conquistadas, pero pese a su ansia de vivir, a sus esfuerzos por salvarse y salvar a su grupo del desastre, se derrumbó de bruces sobre los mandos de su aparato a tiempo que sentía resbalar por su piel la sangre que afloraba por todas las partes, del cuerpo hacia la superficie, escurriéndose entre las escamas metálicas que formaban la defensa de su dermis.

Prontamente los aviones que quedaban por debajo de los roto-aviones, más próximos a ellos y que recibían las descargas de ondas ultrasónicas directamente, estallaron lanzando al aire sus piezas y saltando con ellos, pero terriblemente mutilados, los hombres que componían sus dotaciones. Dejáronse de producir los chispazos eléctricos y los aviones más alejados a la acción de las ondas comenzaron a desprender piezas, perdiendo su estabilidad para entrar en barrena y estrellarse contra el suelo.

No se había llegado al minuto de lucha cuando el cielo, al oeste de la ciudad, se vio libre de las máquinas voladoras de los extraños invasores. Y los hombres de la Tierra se dirigieron de nuevo hacia la ciudad descendiendo el roto-avión pilotado por Cris sobre el puerto, mientras los otros dos quedaban de guardia en el espacio, situados a alturas convenientes.

En esta ocasión el puerto no se hallaba desierto sino repleto de gentes curiosas que, apenas vieron descender a los hombres de la Tierra rompieron en vítores y aplausos, teniendo que descender el roto-avión lentamente y aun detenerse unos instantes en el aire, poco antes de tomar tierra, para dar lugar a la gente a que se apartara.

Cris y sus hombres despojáronse tranquilamente en tal ocasión de sus escafandras. Había desaparecido el recelo de los rostros que les rodeaban y pronto se vio el roto-avión rodeado de un cordón de hombres brillantemente uniformados, todos ellos de edad madura, que hubieron de contener a la

entusiasmada multitud que pugnaba por acercarse a los héroes para admirarlos de cerca y convencerse de que eran seres como ellos, criaturas de carne y hueso, aunque vestidos de aquella extraña forma que les hacía parecer más gruesos de lo que en realidad eran.

Y no tardó en aparecer abriéndose paso con firmeza entre la multitud, la misma joven, la linda Frieda. Pero en esta ocasión no venía sola, sino que llevaba cogido de la mano y poco menos que en volandas a un anciano de baja estatura y facciones noblemente simpáticas.

Habían logrado los uniformados guardias establecer un espacio libre de gentes hasta el que llegaron la joven y su acompañante y Cris saltó, seguido del especialista de claves. El coronel español se adelantó al encuentro de Frieda y, antes de que pudiera adivinar sus intenciones, se sintió besado en ambas mejillas por la joven que lo envolvió al propio tiempo en una oleada de agradable perfume. Temió por unos instantes Cris que iba a desvanecerse, pero se sintió asaltado por el anciano acompañante de Frieda que, a su vez, y teniendo que elevarse sobre la punta de sus pies, repitió los besos de salutación, haciendo reaccionar por contraste al coronel español. Y Frieda se encargó de hacer las presentaciones de los dos hombres mientras la multitud aplaudía frenéticamente, vitoreando a sus salvadores.

-Cris... Bao Duconte...

Un amplio ademán de Frieda abarcando cuanto se hallaba a la vista y que daba la sensación de expresar más, y un vocablo, hicieron comprender a Cris que Bao Duconte era un jefe de importancia y se dirigió a él:

-Necesito saber dónde se combate más encarnizadamente para correr en auxilio de los vuestros y libraros del desastre... necesito saber dónde tienen las bases nuestros enemigos para ir a buscarlos a ellas y destrozarlos. Debo atacar cuanto antes al grueso de sus fuerzas y demostrarles que aquí no tienen nada que hacer...

Habló Cris con repentino impulso, sin darse cuenta en principio que no podía ser entendido y sólo al notar los gestos de estupor del personaje, de Frieda y de la multitud que les rodeaba, cayó en la cuenta. Y con repentina inspiración se dirigió al especialista en claves, capitán Monterroble.

-Por favor. Alcánceme el mapa que levantaron ayer. Aunque incompleto, nos servirá.

Con expresiva mímica, Cris se dirigió al personaje, señalando para

ambos, a tiempo que hablaba:

-Bao Duconte... Cris... amigos. Ellos... enemigos. ¿Dónde están enemigos?

Al terminar de hablar señaló para el mapa, al cual dio inmediatamente señales de comprender el anciano Bao Duconte, ya que, sin apenas vacilar, trazó una línea imaginaria con el dedo, señalando luego dos secciones del mapa, encerrándolas en un círculo.

El capitán Monterroble intervino entonces, hablando despacio, vocalizando bien, en un idioma que Cris no entendió y el anciano Duconte pareció maravillado, respondiéndole a su vez hablando lentamente, haciendo algunos aspavientos, señalando. Cris se dio cuenta de que Monterroble hacía repetir al anciano algunos conceptos y que luego se dirigía a Frieda diciéndole algo, saliendo la muchacha apresuradamente.

-¿Qué ocurre? -interrogó Cris.

-A lo que parece, el país es bastante más extenso de lo que ha recogido nuestro mapa, de Este a Oeste, seguramente no bajará de los ocho o nueve mil kilómetros y Frieda ha ido por un mapa de los que ellos poseen. Nuestros enemigos deben tropezar con algunas dificultades porque lo primero que han hecho es descender sobre una zona desértica, la cual han tomado al parecer como base para las siguientes operaciones. Pero aguarde un momento.

Tornó a conversar el capitán Monterroble con Bao Duconte y éste, con gesto entristecido, fue respondiendo a sus preguntas, tocando sobre lugares del mapa en los que se habían señalado los sitios que se habían visto en llamas por los tripulantes que lo habían levantado. Al terminar de hablar el anciano, Monterroble volvió a dirigirse a Cris.

-Es tal como imaginaba. Luego, desde sus bases, los invasores se han dedicado a ir destrozando sistemáticamente las aglomeraciones urbanas más próximas a ellos. Este país, que se llama Bradiland, ha movilizado inmediatamente y han atacado las bases de los invasores. Parece que el ataque se ha realizado por sorpresa y que en los primeros momentos les fue bien, pero luego las cosas han variado bastante. Hay mucha confusión en las noticias, pues los invasores han destrozado la mayoría de las líneas telegráficas y esta capital ha quedado prácticamente aislada...

Llegaba a tal punto la conversación entre los tres hombres cuando llegó Frieda corriendo. Llevaba un gran mapa enrollado y a una indicación de

Cris lo tendió en el suelo, desenrollándolo, y

Cris se dirigió a Monterroble:

-Mientras yo establezco una relación de medidas y distancias, infórmese lo mejor posible de las posiciones que ocupan ambos grupos contendientes, características del terreno y todos los datos que podemos necesitar. Supongo que nuestro enemigo debe luchar con el inconveniente con que tropezaríamos nosotros de estar volando en las capas atmosféricas; la falta de combustible, el enorme gasto que de él se hace por la resistencia del aire y la gravedad. Seguramente es eso lo que les habrá obligado a asentar sus aeronaves en tierra llevándoles a emplear una táctica de lucha en la que pierden parte de sus ventajas...

-Pero ellos no tienen escrúpulos. Han asolado algunas ciudades y asolarán las restantes si lo consideran necesario para imponerse cuanto antes...

Inclináronse los dos hombres sobre el mapa y mientras Cris estudiaba la relación de distancias, tomando abundantes notas en su mapa, el capitán Monterroble se interesaba por los datos que el coronel necesitaba y que el anciano Duconte le fue facilitando.

Cuando se halló bien informado, Cris se puso en contacto con la *Numancia* y dio orden al comandante Barcia para que la segunda escuadrilla de roto-aviones descendiera y quedase en plan de vigilancia cerca de la ciudad.

-Debemos salir cuanto antes a dar la batalla a esas gentes, pero no quiero dejar indefensa a esta ciudad. La reacción enemiga, al ver que el grupo que destacaron no regresa, puede ser violenta y bastante daño ha hecho ya. Y nosotros vamos a despegar. Cada minuto que perdamos puede ser un montón de ruinas y centenares, tal vez miles de estos desgraciados que caerán.

## CAPÍTULO VII
## EL PRISIONERO

Las tres «lentejas» se elevaron rápidamente por encima de los doce mil metros, avanzando en dirección Este y desde la altura, gracias a las lentes electrónicas, pudieron ver sus tripulantes los restos aún humeantes de alguna de las ciudades incendiadas y arrasadas por los invasores y Cris sintió que algo se sublevaba en su interior contra tan inútil barbarie. Apenas se habían alejado un par de miles de kilómetros de Damoa, cuando las huellas de una destrucción sistemática, realizada a sangre fría, se ofreció a su vista y los hombres de la Tierra descendieron, viendo extensiones enormes de diversos cultivos totalmente carbonizadas y tortuosos caminos donde las caravanas de fugitivos habían sido atacadas y destrozadas alevosamente quedando extendidos entre sus volcados e incendiados carruajes y sus revueltos pertrechos.

-¡Fíjense en eso! -murmuró Cris entristecido-. Es lo que aguarda a los habitantes de nuestra Tierra si no somos capaces de detener el avance de estos monstruos... ¡Volvamos arriba!

Tornaron a elevarse los tres roto-aviones, poniendo en función los «drapers» para evitar la detección del enemigo y aún antes de tener a la vista la base enemiga, iniciaron la emisión de las terribles ondas ultrasónicas. Las tres «lentejas», como halcones que se lanzan sobre su presa, cayeron como rayos sobre la base y a través de las miras electrónicas, los observadores de la Tierra vieron cómo en el campamento se producía un inusitado movimiento, sonando las alarmas que fueron recogidas por los detectores de las tres «lentejas».

Algunas aeronaves enemigas llegaron a iniciar su ascensión, pero pronto fueron presa de las ondas ultrasonoras que las destrozaron rápidamente, estrellándolas contra el suelo,

La resistencia fue quebrada rápidamente y las arenas del árido desierto se vieron sembradas por los restos de las aeronaves y sus tripulaciones, sintiéndose perplejo Cris ante el escaso número de enemigos que habían encontrado.

-¿Está seguro, capitán, que fue éste el lugar que Bao Duconte le señaló como base enemiga?

-Absolutamente cierto, señor. También a mí me ha extrañado hallar

tan escaso número de aeronaves...

-Está bien. Nos elevaremos y los buscaremos sobre el propio campo de batalla.

-¿Vamos a emplear allí también los ultrasonidos?

-Temo que no va a ser posible, Si, como espero, están luchando, nuestros aliados recibirán también el daño. Emplearemos los rayos desintegradores en emisión horizontal, situando nuestras tres aeronaves en escalera para tener cada cual bien despejado el frente y no correr el albur de dañarnos entre nosotros.

Cris, que se mantenía en observación detrás del pequeño telescopio electrónico, fue el primero en acusar la presencia del campo de batalla.

-¡Atención! ¡Ya los tenemos ahí! ¡Conecte con el resto de la escuadrilla y atento a mis órdenes! ¡Velocidad máxima!

Observó Cris que se luchaba duramente en tierra; que un numeroso ejército indígena no sólo se defendía, sino que atacaba con sus armas de fuego a los invasores que habían logrado aposentarse en ella y los cuales, aunque en inferioridad numérica, acusaban una notable ventaja por el superior armamento que empleaban y con el cual causaban grandes estragos en las filas indígenas; éstos, sin embargo, no cedían un palmo de terreno, refugiados en las trincheras que habían logrado abrir en medio de la infernal batalla, aprovechando además cualquier accidente del terreno que les pudiera resultar favorable, haciendo bastante daño con los impactos de su artillería que, aunque de no gran alcance, era la única arma de verdadera eficacia que les permitía mantenerse frente al acoso enemigo, realizado por tierra y desde el aire.

Los invasores, escarmentados con los estragos que en ellos había causado la artillería, no actuaban en masa como habían realizado al principio, sino bien espaciados, tratando de desalojar a los indígenas de sus trincheras, atacándoles desde el aire con pavorosos vuelos rasantes, lanzándoles descarga tras descarga de sus rayos eléctricos. En cuanto a los invasores que peleaban en tierra protegidos por sus trajes metálicos, empleaban también subfusiles personales que disparaban rayos eléctricos, pero los cuales tenían menos efectividad y alcance que los disparados por los aviones desde el aire. Y a tales infantes se les notaba un tanto desconcertados por la resistencia enemiga y por el efecto destructor de la artillería, contra la cual no les servía de

protección sus trajes metálicos, capaces de resistir los rayos eléctricos y aun las armas desintegradoras de menor potencia, pero punto menos que inservibles ante aquella anticuada arma.

Un gruñido escapó de la garganta de Cris;

-¡Malditos! Ahora lanzan una verdadera nube de paracaidistas sobre las espaldas del ejército indígena. No en balde hallamos punto menos que desierta la base... ¡Pero no se saldrán con la suya!

De una nutrida formación de grandes aviones se había iniciado una ofensiva, saltando los hombres metálicos al espacio provistos de una especie de pequeño helicóptero personal que llevaban adosado a la espalda y que les permitía graduar el descenso según las necesidades de la lucha, como arma ofensiva llevaban sus cortos sub-fusiles eléctricos con un alcance no inferior a los mil quinientos metros y el cual empleaban desde el aire a medida que descendían.

Y la voz de Cris se dejó oír tajante;

-¡R-3, a 250 metros! ¡R-2, a 500 metros! ¡R-1, volaremos a 750 metros! Protección de antiprotones... Conecten disparadores automáticos de rayos desintegradores en proyección horizontal únicamente... ¡Fuego!

Mientras se efectuaban con toda precisión las maniobras ordenadas por Cris, había llegado a tener los roto-aviones bajo su alcance de tiro a las escuadrillas enemigas que daban la sensación de no haberse dado cuenta de su presencia. Enzarzados en la dura batalla no sospechaban ni remotamente la presencia de un enemigo aéreo y, en la primera pasada que escasamente duró segundos, las tres capas afectadas por la concentración de rayos quedaron libres de aeronaves invasoras, desaparecidas sin darles tiempo a emitir la menor señal de alarma. Junto con la gran cantidad de aeronaves desaparecieron también buen número de paracaidistas y Cris, satisfecho de los resultados logrados, ordenó:

-¡Alto el fuego! Descenso en picado a 150 metros para recobrar el vuelo horizontal...

Las tres aeronaves, tal que si estuviesen manejadas por hilos invisibles movidos por una misma mano, se ladearon ligeramente, descendiendo veloces sin romper la relación que guardaban entre sí, recobrando el vuelo horizontal a la altura que Cris había ordenado.

Pero ya el enemigo se había dado cuenta de su presencia y un

numeroso grupo de aviones se desgajaban del total que peleaba y se dirigía presuroso sobre ellos disparando sus rayos con terrible celeridad, avanzando en línea recta, buscando de forma suicida la colisión que les pudiese librar del terrible enemigo. El espacio se vio inundado por los cegadores relámpagos producidos al choque de los rayos eléctricos con los antiprotones, estallando estruendosamente sobre las cabezas de los combatientes de tierra, cargando la atmósfera de electricidad. Por unos instantes se detuvo en tierra el curso de la pelea y los indígenas, sin saber quiénes eran ni de donde llegaban sus auxiliadores comenzaron a pelear con renovado brío. ¡Ya no estaban solos y el cruel enemigo tenía un rival digno de su potencia!

-¡Giro total! ¡Dirección de fuego en ascensión y ángulo de treinta grados! ¡Fuego!

La voz de Cris, seca, precisa, ordenó la maniobra y aún no se había apagado el eco cuando el grueso de la formación enemiga, cogido de lleno, desapareció, quedando en el espacio leves nubecillas de humo, Pero aún quedaban numerosas aeronaves y paracaidistas, y mientras estos apresuraban su descenso, las aeronaves, que cambiaban entre sí rápidas señales luminosas, se disgregaron para converger luego sobre el centro desde diversos puntos con el ánimo de cerrar a los roto—aviones en un círculo de rayos y destrozarlos.

-¡Altura de vuelo, 1.500! ¡Dirección, 3-3-5! ¡Máxima velocidad!

Con precisión de geómetras realizaron las tres aeronaves de la Tierra la nueva maniobra ordenada por su jefe, dando la sensación de que, una vez lograda la sorpresa, trataban de huir, y los aviones de los invasores que volvían sobre el mismo punto, maniobraron iniciando la persecución, abandonando a los hombres que descendían sobre el campo de batalla.

Las tres aeronaves terrestres salieron rápidamente de sobre el terreno en que se peleaba, atrayendo a la aviación enemiga sobre una zona desértica, la misma donde habían tenido su base, donde aún humeaban los restos de lo que minutos antes eran poderosas fuerzas combatientes.

Pensaron con alegría los invasores que el enemigo se metía solo en la boca del lobo y comunicaron rápidamente a su base para que les salieran al encuentro, llegando a sentir cierta inquietud al notar que su llamada no era atendida, Y tal fue la última sensación que percibieron, pues en tal momento ordenaba Cris:

-¡Este es un buen lugar para darles la puntilla! ¡Giro total! ¡Ondas

ultrasónicas!

Las tres aeronaves cambiaron bruscamente de dirección, avanzando al encuentro del enemigo, que se abalanzó sobre ellas, ávidos de una victoria rápida; y antes de que pudieran intuir el fracaso se hallaban sometidos los invasores y sus aparatos a las terribles vibraciones que detuvieron casi en seco su avance, haciendo estallar en el aire a la mayoría de los aparatos, mientras otros entraban en barrena destrozándose contra el suelo.

Al propio tiempo, la «lenteja» en que iba Cris experimentó una violenta sacudida, produciéndose en sus entrañas un estruendo horroroso. Lentamente fue perdiendo velocidad a tiempo que se ladeaba, pese a los esfuerzos de su piloto y los avisadores electrónicos dejaron oír sus voces, acusando las averías.

-¡Estamos perdidos, señor! ¡Los mandos no obedecen!

Alzóse Cris, ocupando el lugar del piloto, tratando de enderezar la nave, pero se produjeron dos nuevas explosiones, estando a punto de alcanzarles las llamas que se produjeron en torno a ellos.

-¡No hay solución! ¡Desprenderemos la carlinga! ¡Vamos!

Prodújose un suave deslizarse de piezas al apretar el observador el mecanismo apropiado, quedando la parte de la carlinga aislada del resto del aparato y seguidamente salió fuertemente despedida, desprendiéndose de la parte averiada.

Con profundo pesar vieron los seis hombres que pilotaban el aparato cómo los restos de éste, ardiendo, sin dejar de girar vertiginosamente, iban descendiendo lentamente en gracia a la inercia giroscópica.

Un nuevo mecanismo hizo que del árbol central se desplegaran las paletas de una hélice en forma de helicóptero y derivando lentamente, empujados por la brisa, fueron descendiendo. Insensiblemente el aire los arrastró hacia el campo de batalla y sin poderlo evitar, el ardiente fuselaje primero y la carlinga después, cayeron entre un grupo de invasores.

La última violenta explosión del fuselaje al estrellarse contra el suelo dio buena cuenta de un crecido número de invasores y segundos después, los seis hombres de la Tierra habían de abandonar los restos que les habían conducido hasta tierra para hacer frente a la avalancha que se les venía encima.

Eran los invasores seres de mediana estatura, más bien bajos, pero

vigorosos, y movíanse en tal ambiente con una cierta lentitud, pero con terrible efectividad. No se podían apreciar los detalles de sus anatomías, pues iban totalmente cubiertos de una vestidura metálica construida por una especie de aros o rodajas que les permitían jugar con toda soltura tanto el cuerpo como las extremidades; la cabeza permanecía invisible también, cubierta por una extraña escafandra totalmente metálica, sin más parte transparente que la correspondiente a los ojos, a los que se adivinaban de corte oblicuo bien acusado, En la parte correspondiente a la frente llevaban dos prominencias que de tanto en cuanto emitían poderosos destellos y la parte correspondiente a la boca iba cubierta con una especie de rejilla, formada por gran número de pequeñas celdillas exagonales, semejantes a las de las abejas. De ambos lados de tal rejilla partían unos tubos que iban a morir a un depósito adosado a la espalda, por encima del pequeño helicóptero personal que cada cual llevaba y todo ello les daba un aspecto extraño, pavoroso, que se acentuaba más al producir una especie de silbante aullido que salía por la serie de celdillas correspondientes a la boca.

En medio del violento fuego que se hacía por ambas partes hubieron de saltar Cris y sus hombres a tierra, pero confiados en sus casi invulnerables trajes de «zirconio G», salieron al encuentro de sus enemigos, lanzándose punto menos que en tromba contra ellos, tratando de impresionarles con su pujanza, disparando velozmente sus fusiles desintegradores. Los invasores, comprendiendo que tenían ante sí a los autores de su derrota, se volvieron en grupo contra ellos atacando con terrible ímpetu, y por unos instantes los hombres de la Tierra hubieron de luchar con verdadero agobio, teniendo que emplearse a fondo con sus fusiles desintegradores para diezmar el grupo de enemigos.

Por tres veces los invasores llegaron a descargar sus armas casi a bocajarro contra Cris, que peleaba en vanguardia, y al ver que sus rayos no surtían efecto contra los trajes de los hombres de la Tierra, uno de los invasores avanzó contra el coronel español esgrimiendo una maza cuajada de púas metálicas que descargó con terrible fuerza, dando la sensación de que alcanzaría a hundir el cráneo de Cris, pero este esquivo el golpe en ágil movimiento, yéndose su enemigo de bruces y el español aprovecho para cargar sobre él, arrebatándole la maza y golpeándole con ella en uno de los costados, hasta inmovilizarlo.

Los invasores, faltos del auxilio de sus fuerzas del aire comenzaban a verse acorralados por todas partes, pero lejos de entregarse, continuaban haciendo frente, prefiriendo verse despedazados por la artillería y por los furiosos golpes de maza que los indígenas, quienes se habían apoderado de algunas, les propinaban. En un postrer esfuerzo, los invasores que peleaban en el extremo Norte del campo, lograron romper el cerco y, sin perder la cara al enemigo, valiéndose de sus helicópteros personales y dejando de actuar en grupos para evitar los aciertos artilleros de los indígenas, lograron penetrar en la inaccesible maraña de la región montañosa, duramente abrupta, cubierta de una vegetación abundante y espesa y poblada de terribles alimañas.

Y el grupo de hombres de la Tierra, tras llamar en su auxilio a las dos «lentejas» que hábilmente terminaron con la resistencia por aquella parte, pudieron verse libres de enemigos, recogiendo Cris el único prisionero que, por el momento, se había podido lograr.

-¡A la aeronave con él! Tenía ganas de charlar un rato con uno de estos tipos y por fin lo voy a lograr.

Al finalizar la lucha e ir a saludar al general indígena, presentándose a él con sus dos aeronaves y todos sus hombres, se enteró Cris de que la victoria no había sido completa, de que un grupo numeroso de invasores había logrado salvarse en la selvática región montañosa. Sirviéndole el capitán Monterroble de intérprete, se dirigió a él:

-Pues es preciso sacar a esos seres de ahí y aniquilarlos. Dejarlos sueltos es tanto como vivir con la espalda al descubierto. En cualquier momento pueden salir y preparar la invasión a sus congéneres.

-Ahí no se puede penetrar, señor coronel. Las alimañas y lo abrupto del terreno lo impiden...

-Habría un medio de aniquilarlos. Destruyendo toda la vegetación de esa zona. Con unas cuantas pasadas de mis aeronaves lanzando rayos desintegradores, lo lograría.

-Lo siento, coronel; pero no se lo puedo consentir, como no me lo consentiría mi Gobierno. Estas regiones son ricas gracias a ese arbolado que atrae las lluvias y las sujeta luego. Destruirlo sería sumir en la más espantosa de las miserias a los habitantes de esta zona que está muy poblada.

-¿Y no resultará peor que por guardar eso caigan sobre ustedes nuevas remesas de invasores y los destrocen?

-No puedo decidir. Lo único que haré es dejar esa zona acordonada para que no puedan escapar. Sé lo mucho que les debemos a ustedes, ya que en realidad han sido los vencedores, pero estoy con las manos atadas...

El coronel español se sintió un tanto despechado. Hubiese preferido quedar tranquilo por aquella parte, pero comprendió que no podía pisotear el sentir de aquellos seres, Cris sabía ya lo suficiente de las monstruosas criaturas para pensar en una guerra larga en contra de ellos, una guerra larga, sostenida a millones de kilómetros de la Tierra, y por tanto, costosa de mantener. Necesitaría de los habitantes del planeta «D-7», de su industria, de sus bases, y no podía ponerse frente a ellos. Por el momento, no tenía más remedio que transigir.

Comprendiéndolo así, se despidió del anciano general y la tripulación de la aeronave abatida se distribuyó entre las otras dos aeronaves, lanzándose seguidamente al espacio.

El español tenía verdadera prisa por interrogar al prisionero que, recobrado de su desmayo, comenzaba a dar señales de vida.

* * *

El invasor hallábase rodeado, en una de las cámaras de la *Numancia*, por el coronel Cris, el profesor Añúa, comandante Barcia, capitán Monterroble y varios miembros de la tripulación. Continuaba la *Numancia*, con los dos superdestructores y las dos escuadrillas de «golondrinas», su vigilancia en la periferia de la atmósfera del planeta «D-7» y el jefe del grupo español deseaba salir cuanto antes de aquella especie de inercia en que habían caído.

Habían examinado al invasor, tratando de quitarle la armadura metálica para conocer su constitución, pero se habían encontrado con la sorpresa de que tanto la armadura como la escafandra las llevaban soldadas, sin que se pudiesen desposeer de ellas ni aun voluntariamente.

No obstante, por alguno de los mutilados cadáveres examinados en el campo de batalla sabían que sobre la dermis poseían, al igual que los peces, una coraza de escamas de tipo metálico, durísimas, que constituían una formidable defensa natural. Pero ellos habían reforzado tal defensa que no les libraba de los rayos eléctricos, vistiendo aquellas corazas metálicas, de un metal duro, tenaz, casi de la categoría del «zirconio G», con una capa de caucho sintético debajo que servía para aislarles del efecto de las descargas e

incluso del reventón de cualquiera de sus armas.

-Sé que le agradaría estudiarlo a fondo, profesor pero de momento no hay tiempo. Necesito saber demasiadas cosas -manifestó Cris dirigiéndose al profesor Añúa-. Cuando las sepa, se lo cederé.

-Le tomo la palabra, coronel, ¿No le intrigan esas luces que lleva en la parte superior del casco?

-Me intrigaron bastante hasta que di con lo que era. Esas señales luminosas las producen al hablar de viva voz. La voz no sale de la escafandra, pero convertida en señal luminosa atraviesa el espacio rápidamente sin esfuerzo alguno y al llegar al receptor, por medio de una célula fotoeléctrica se vuelven a convertir en palabras que llegan a sus oídos. Así comunican a bastante distancia sin realizar esfuerzo alguno. Es muy ingenioso, tanto, que los considero un verdadero peligro. Capitán -añadió dirigiéndose a Monterroble-, vuelva usted a comenzar el interrogatorio a ver si nos entendemos de una.

El capitán Monterroble se adelantó. Había tanteado varias veces al prisionero, pero no había logrado nada de él y últimamente había hecho instalar unos aparatos de señales luminosas, semejantes a los que el prisionero llevaba; al lado de Monterroble, dos especialistas más de claves se hallaban espiando las reacciones del prisionero, al cual Monterroble comenzó a lanzar pregunta tras pregunta, siguiendo un cuestionario preparado por el coronel.

Pero de nuevo fracasaron todos los procedimientos, desde los más rudimentarios a los más perfectos, pese a poseer un repertorio bastante extenso de vocablos y señales luminosas de los invasores.

Casi desalentado, se dirigió Monterroble al coronel:

-Lo siento, señor. Estoy convencido de que me entiende, pero no responde, ni aun siquiera su nombre.

-Pues pregúntele ahora si es capaz de resistir una temperatura de sesenta grados...

Pero tampoco respondió el prisionero a las nuevas preguntas y Cris se decidió:

-No soy partidario de las torturas, pero ante una tan brutal agresión y ante la suerte que puede correr el Universo si no somos capaces de frenar rápidamente a estos bárbaros, no puedo detenerme. Que traigan un soplete y un inyector. Tal vez esto le resuelva a hablar...

El prisionero, al ver que le aplicaban a la armadura el fuego del soplete atómico y que este comenzaba a actuar perforando, aunque muy lentamente, primero el metal y luego la capa de caucho, comenzó a removerse en su asiento, tratando de arrancarlo del sitio, de romper las ligaduras que le sujetaban a él, dando la sensación de que estaba poseído de fría y terrible furia, emitiendo de tanto en cuanto su silbante y pavoroso aullido. Pero a pesar de ello, cuando fue instado de nuevo, permaneció en silencio.

La perforación necesaria en la armadura se hallaba realizada y Cris ordenó que se le aplicara el inyector:

-Lo siento, pero necesito saber muchas cosas. Que inyecten agua caliente a cincuenta grados, que luego aumentarán paulatinamente hasta los sesenta. Al llegar a tal temperatura, irán bajando hasta los dos grados en que volverán a aumentar y así hasta que yo lo ordene...

El prisionero pareció no sentir en los primeros momentos los efectos del agua caliente, pero pronto comenzó a debatirse desesperadamente a tiempo que las lámparas del casco comenzaban a destellar rápidamente.

-¿Pide clemencia? -interrogó Cris.

-No, señor. Llama desesperadamente a sus congéneres.

-Pues que continúe llamándolos. Veremos quién puede más...

Al rebajar la temperatura del agua, el prisionero relajó su cuerpo, buscando el bienestar que le producía la misma, dando la sensación de que se sentía satisfecho; pero no tardó en demostrar que le molestaba al descender excesivamente la temperatura para, más tarde, al volver a aumentar y rebasar los cincuenta grados, tornar a producir los alarmantes aullidos, retorciéndose con desesperación. Y Cris ordenó secamente:

-Manténganse en los sesenta grados...

El hombre dio la sensación por unos momentos que iba a estallar y sus lámparas comenzaron a destellar de nuevo, interviniendo en tal momento el capitán Monterroble que se dirigió a Cris;

-Ya pide clemencia, señor.

-Está bien. Era lo que yo esperaba. ¡Alto la inyección!

Daba el prisionero la sensación de hallarse agotado al cesar la tortura y Cris, que había recobrado su jovial humor, se dirigió al capitán:

-Dígale que tan pronto haya hablado respondiendo a lo que nos interesa, podrá reponer sus fuerzas y que será tratado con toda clase de

miramientos... Pero procure no perder tiempo y hacerle hablar antes de que se arrepienta.

No tardaron en comenzar la serie de preguntas y el prisionero la responder rápidamente por medio de señales luminosas. Cris, que observaba atentamente al prisionero, pese a no ver más que sus ojos, por las reacciones de estos y por el leve accionar de su cuerpo en lo que le permitían las ataduras, comprendió que respondía con satisfacción, sin la menor vacilación, tal que si disfrutase en dar los datos que se le pedían. En las últimas frases del interrogatorio comenzaron las vacilaciones del prisionero, pero el fruncimiento de cejas de Cris, al cual no perdía de vista, pese a ser Monterroble el que le interrogaba, le decidió, terminando por responder a todo satisfactoriamente.

Dio orden Cris para que se atendiera al prisionero, desembarazándole si fuese preciso de la armadura para librarle del agua y él se retiró con Monterroble a su puesto de mando:

-¿Qué sucede, capitán? Le noto preocupado.

-Se llama M-265.384. En su organización social carecen de nombre; son sólo una letra y un número. Ha respondido que dominan en siete planetas, tres de ellos próximos, y que dominarán todo el Universo. Sus fuerzas disponibles rebasan los seis millones de aeronaves de diversos tipos y según él, poseen armas suficientes, no sólo para destrozarnos a nosotros, sino para destrozar este planeta como ya han hecho con todos los que se han resistido a su dominación. Se ríe de nosotros y dice que «D-7» no tardará en quedar convertido en un astro sin vida. Dice también que su Estado Mayor conoce ya lo sucedido y que sólo nos quedan horas de vida. Hasta ahí todo fue bien. Sin embargo, cuando le dije que sabíamos que conocían la desintegración del átomo y que queríamos saber dónde tenían instaladas las principales industrias atómicas y dónde residía su Estado Mayor, se resistió y hube de amenazarle con volver a empezar la tortura. Y parece que fue el verle a usted ceñudo lo que le convenció de que debía continuar hablando.

-Sí. Noté algo de eso.

-Él le odia a usted ferozmente.

-Lo comprendo perfectamente. ¿Qué dijo luego?

-El Estado Mayor y la industria atómica residen ahora en «D-3». Según él, han dado fin a la etapa cuarta de dominación del Universo y se han

concentrado sobre «D-3» para dar el asalto a toda esta área. Ellos se dirigían sobre «D-7» cuando nosotros les cortamos el camino y ante su fracaso fueron castigados por su Estado Mayor a que fuesen ellos solos los que se apoderasen de «D-7». Al hallar la resistencia que han encontrado, su Estado Mayor ha resuelto «secar», es la expresión que ha empleado, a «D-7». Ellos no han logrado dominar los procesos de escisión del átomo como nosotros, pero poseen bombas semejantes a las nuestras de tipo especial, capaces de producir la total reacción en cadena de toda la atmósfera que rodea un planeta y es a eso a lo que han condenado a «D-7», Convertirán el hidrógeno en helio y «D-7» quedará muerto por resistírseles.

-Algo así imaginaba.

-Cuando le dije que todos sus compañeros habían sido muertos y que era difícil que su Estado Mayor supiera lo ocurrido, acusó el golpe; pero luego respondió fríamente que aunque así fuese, era igual. Que si en un plazo de tiempo determinado no habían recibido la noticia de la victoria, se volcarían contra esto, «secándolo», aunque cayesen los restos de fuerzas que había enviado. Estos seres carecen de sensibilidad, de sociabilidad y de todo lo que hace al hombre un ser digno. Son peores que las más inmundas sabandijas. En ellos sólo habla el odio y el afán de destrucción. Los planetas que no asolan es porque los necesitan para sus planes oscuros, para sus terribles designios.

-Pues procuraremos hacerles fracasar y que no pasen de aquí. Déjele que se reponga un poco, que descanse y luego vuelva a interrogarlo. Pero si se resiste, no le tenga compasión. Quiero que le dé noticias lo más precisas posible sobre la industria de «D-3». Debe ser nuestro próximo objetivo. Ella y su Estado Mayor, si es posible...

## CAPÍTULO VIII
## LA AMENAZA

«M-205.384» o Mat-Roe, según había sido bautizado por los hombres de la Tierra, consideró que llevaba demasiado tiempo inactivo; pensó que se debían haber olvidado de él y recordó que debía cumplir una misión, De ser cierto lo que sus aborrecidos enemigos le habían dicho, su Estado Mayor debería ignorar aún la desgraciada suerte corrida por ellos en «D-7» y debería procurar comunicar cuanto antes. Lo malo, era que le habían desposeído de su helicóptero personal y que no poseía aparato emisor alguno, Si bien esto último no llegaba a preocuparle grandemente, ya que sus enemigos los poseían y él confiaba en poder llegar a sorprenderles.

Tampoco le preocupaba el hallarse encadenado. Pacientemente se inclinó sobre una de las cadenas que le sujetaban y por una de las celdillas que poseía en la armadura, a la altura de la boca, comenzó a segregar, gota a gota, un ácido fuertemente corrosivo que fue atacando el metal de que estaba construida la cadena, y apenas si habría transcurrido media hora desde el momento en que se inició la acción, cuando se veía libre de las cadenas pudiéndose valer por sí. Con verdadero deleite se puso en pie, estirando sus miembros hasta recobrar la elasticidad perdida por la inmovilidad que se había visto obligado a guardar e inmediatamente puso en juego sus facultades de percepción para asegurarse de que nadie le había visto, que ninguno de sus aborrecibles enemigos podía escucharle.

Echó de menos el subfusil de rayos eléctricos que siempre llevaba consigo y del que hacía más de diez años que no se había separado y pensó en aquellos otros que había visto en manos de los hombres de la Tierra y que resultaban bastante más efectivos que los suyos propios. Si lograba uno de aquéllos y se podía presentar con él ante sus implacables jefes, estaba seguro de que éstos perdonarían su fracaso personal, haciéndole gracia de la vida. Si su numeroso ejercito estuviese dotado con aquellos potentes rayos desintegradores, sería prácticamente invencible y no hubieran perdido dos batallas contra los hombres de la Tierra. Sería una gran victoria poder llevarse una de aquellas armas para que sus científicos la estudiaran y conociesen aquella aplicación de la energía atómica.

Pero sería punto menos que imposible lograr una de aquellas armas, a menos que pudiese sorprender a algunos de los guardianes que

indudablemente estarían vigilando por los departamentos vecinos.

A medida que desfilaban tales ideas por su cerebro sentíase más como un tigre en acecho, y de forma insensible, amortiguando los pasos y cubriéndose en las divisiones, se acercó hasta la puerta que permanecía practicable. Esperaba hallar allí uno de sus aborrecidos vigilantes y se apercibió al ataque, adelantando su cuerpo lentamente, disponiendo sus manos recubiertas del guantelete metálico, para golpear rudamente, descargando al propio tiempo la pequeña carga de electricidad que tan demoledores efectos causaba... No tardaría en poseer una de las codiciadas armas; pero se sintió defraudado al comprobar que no existía vigilancia alguna y continuó avanzando, siempre con cautela, para evitar desagradables encuentros o sorpresas que pudiesen quebrar sus planes.

Rebasada la puerta continuó su avance por un pasillo corto y estrecho al que daban bastantes puertecillas y que procuró cruzar rápidamente, y se encontró en una sala en la qué penetró sin producir el menor ruido.

En tal sala había un hombre que se hallaba de espaldas a la puerta. Llevaba el nombre puesto un casco y manipulaba rápidamente en un extraño aparato en el que su fina sensibilidad reconoció inmediatamente una emisora. Sintió verdadera emoción ante el afortunado hallazgo y por unos instantes se detuvo para coordinar la acción. El hombre que se hallaba ante la emisora no había acusado su presencia, embebido en su trabajo, y Mat-Roe se sintió más tranquilo, avanzando cauteloso. Conteniendo la respiración, se detuvo a la espalda del operador y luego, con lentitud de movimientos fue levantando su puño derecho, buscando al propio tiempo el lugar adecuado para descargar el golpe.

Comprendió que sería inútil descargarlo en el traje metálico y mucho menos en el casco que le protegía cabeza y nuca y rectificó su posición, haciendo entonces un leve ruido para llamar la atención del enemigo.

Al ruido se volvió aquél sobresaltado y Mat-Roe descargó el golpe, un golpe en corto, preciso, bien calculado para que no se produjese estrépito alguno. La cabeza del operador se ladeó violentamente al recibirlo y su cuerpo se desmadejó instantáneamente; pero ya Mat-Roe había previsto tal cosa y antes de que el operador se derrumbase con estrépito, lo tomó entre sus brazos y lo depositó cuidadosamente en el suelo, registrándolo luego rápidamente con ansia de apoderarse de un arma; pero el operador iba desarmado y Mat-

Roe, desilusionado, se dirigió a la emisora comenzando a examinarla detenidamente.

Pero antes de ponerse a maniobrar en ella corrió a cerrar la metálica puerta del departamento para evitar ser sorprendido.

Al examinar la emisora se dio cuenta de que difería en bastantes detalles de las que ellos usaban, pero que sustancialmente eran lo mismo. No obstante, desconocía su manejo, la manipulación del aparato. Pero pronto halló una solución al conectar la pequeña emisora personal que llevaba en el interior de la armadura con el aparato de los hombres de la Tierra. Con ansia febril estableció el contacto, dando así a su propia emisora la potencia necesaria para llegar hasta el lejano «D-3» e inició la emisión en la longitud de onda conveniente, lanzando primero la contraseña usual entre los seres de su especie y a continuación la que correspondía a su unidad de combate. Con absoluto dominio de sí, repitió con insistencia la contraseña, sin por ello dejar de mantenerse alerta, computando cuidadosamente el tiempo para no sufrir un engaño, y tan pronto llegó la ansiada respuesta dio su cifra personal e informó de lo sucedido, dando los datos que conocía del enemigo, desde sus condiciones personales hasta el tipo de armamento de que disponían. Prometió hacer lo imposible para lograr una de las armas atómicas enemigas, donde la energía se hallaba acumulada y bien controlada, y cuando contaba recibir la respuesta se dio cuenta de que el aparato general, el de los hombres de la Tierra, quedaba sin energía y que la onda se perdía sin poder captarla.

Comprendió que había sido descubierto y por unos instantes se sintió poseído por un ataque de fría cólera y deseó desahogarse con alguien, golpear, herir, matar.

Por el pasillo que daba acceso a la sala que ocupaba se oían ruidos de pasos acelerados y al sentirse acorralado, imposibilitado para la huida, deseó descargar su odio contra los hombres de la Tierra matando a aquel que tenía a sus pies.

Oyó golpes propinados en la puerta que le indicaron que sus enemigos estaban allí y levantó su pie derecho, recubierto de caucho y metal, dispuesto a descargarlo con toda su furia contra la cara del caído...

¡Zas! La mayor parte de la puerta quedó desintegrada y una forma humana cruzó la estancia en salto de tigre, cayendo con invencible impulso sobre Mat-Roe, apartándolo violentamente de donde se hallaba y deteniendo

su acción.

Los dos seres cayeron rodando por el suelo, separándose por un vigoroso golpe de pies de Mat-Roe que se levantó. Pero aún no se hallaba totalmente de pie cuando su rival volvió a la carga y el prisionero se dispuso a descargarle un golpe en la cara, conectando al mismo tiempo con el dispositivo eléctrico.

Pero antes de llegar el puño a su destino, se sintió cogido, aplicándole su contrincante una violenta torsión que le obligó a saltar, haciéndole perder el equilibrio. Y aquello fue su perdición, porque una vez en el aire, presa fácil para su enemigo, se sintió volteado aparatosamente y luego estrellado contra el suelo, quedando en él conmocionado.

Y el coronel Cris, su vencedor, se apresuró a asegurarlo colocándole rápidamente unas esposas y entregándolo a los hombres que le habían seguido.

-Ahí lo tienen. Asegúrenlo bien y pónganle un centinela de vista para que no pueda volver a intentar una cosa de éstas. Y si la intentara, no vacilen en desintegrarle. Tenemos de él todo lo que necesitábamos...

* * *

-La situación se agrava por instantes, profesor, y debemos actuar con suprema decisión si deseamos salvar a «D-7» con todos sus habitantes de la extinción. Ya ha escuchado la respuesta que desde «D-3» ha dado el Estado Mayor a Mat-Roe. Están informados del descalabro y están preparando la expedición para «no sólo secar el planeta «D-7», sino atacarnos y destrozarnos». Han sido sus palabras textuales.

-¿Y que piensa hacer, coronel? Nuestras fuerzas son escasas y aunque pidiésemos auxilio a nuestro destacamento de Ganímedes no llegarían a tiempo.

-Ya lo sé. Y lo malo es que no poseemos el don de ubicuidad. Si nos quedamos aquí para defender a «D-7», podemos ser arrollados con ellos, pues nuestros enemigos se habrán preparado concienzudamente y darán el golpe en el instante que les convenga, y si vamos a buscarlos a sus propias bases, para evitar que puedan prepararse a su gusto, dejamos a esta gente indefensa, expuesta a cualquier ataque. No quería dividir nuestras fuerzas, pero no habrá mas remedio. Yo atacaré en «D-3» con las «lentejas» y el comandante Barcia quedará aquí con el resto de la Patrulla. Les destrozaré las centrales de

producción de energía atómica y será tanto como privar de sus zarpas al tigre.

-¿Y por qué no emplea contra ellos la bomba «Y»? ¿La destrucción total, dándoles el mismo trato que ellos reservan a este planeta?

-Porque sería inhumano. El planeta «D-3» está habitado y estos monstruos han esclavizado a sus habitantes, que son los que realizan los trabajos penosos y los peligrosos. Y si lanzásemos la bomba «Y», suprimiendo de golpe la atmósfera que rodea al planeta, destrozaríamos las posibilidades de los invasores, pero pagarían también los millones de habitantes del planeta y por salvar a unos habríamos condenado a otros.

-Pero si operan allí para destruirles la industria atómica, caerán de todas formas muchas gentes...

-Las precisas. Pero eso es inevitable, como fue inevitable que cayeran muchos jóvenes habitantes de Bradiland. Pero dejemos eso, puesto que ya está decidido. Debo irme, pero deseo que ustedes queden seguros aquí. ¿Cómo ha reaccionado la combinación probada, profesor?

-Magníficamente, coronel. Tiene un inconveniente y es que la carga ha de ser limitada; pero de todas formas, se logra un radio de acción de más de 500 metros, es decir, una bola de fuego de un kilómetro de diámetro que, por su temperatura superior a los 20.000 grados, consume todo lo que pueda quedar en su interior. Ni el «zirconio G» de que están construidas nuestras aeronaves podría resistirlo.

-¿Han resuelto ya el modo de «sujetarlas» en el espacio?

-Si, señor, está resuelto. Un simple dispositivo de tipo giroscópico, las mantendrá inmóviles con un mínimo consumo de energía que, sin desgaste alguno, proporcionará la misma carga de la mina. Porque hemos de tener en cuenta que tales minas aéreas deberán ir colocadas fuera de las capas atmosféricas para evitar que ningún proyectil dirigido, con carga atómica o como sea, pueda penetrar dentro de la atmósfera y provocar en ella la reacción en cadena que podría aniquilarla en milésimas de segundos. Y si su radio de acción no es grande, está compensado por el dispositivo electromagnético que hará que cualquier objeto metálico o que lo posea en su interior, que penetre en el campo de la atracción magnética, choque con él. De esta forma necesitaremos «sembrar» una cantidad menor de minas para quedar bien cubiertos.

-¿Y no significarán un peligro para nuestra navegación aérea?

-En absoluto. Nuestras aeronaves conocerán con exactitud los lugares sembrados de minas e irán provistas, además, de aparatos que anulan la atracción electromagnética. Hemos pensado en todo. Y por si tal cosa fallase, quedarían nuestros precisos detectores.

-Pero los detectores no podrían evitar que las minas saliesen al encuentro de nuestras aeronaves.

-Exactamente. Pero sin embargo darían la alarma con tiempo suficiente para que las armas de a bordo las destruyesen antes de penetrar en su radio de acción.

-Me agrada, queda esa parte cubierta y ahora deseo aniquilar a los invasores que se refugiaron en la región selvática, Hay un inconveniente y es que el Gobierno no nos deja destruir aquella zona. Y no puedo irme dejando tal peligro latente...

-¿Ha pensado en la lluvia artificial, coronel? Tal cosa les obligaría a salir de allí. La atmósfera de esos lugares suele estar siempre supersaturada de agua, si bien, por falta de núcleos de condensación, permanece invisible. Bastará con «sembrar» hielo carbónico para que se formen las nubes y esto mismo puede lograr que la nube caiga convertida en agua de lluvia, pero si no bastase, atacaríamos las nubes con yoduro de plata y no fallaría. Ambos productos los puedo fabricar sintéticamente en cantidad suficiente, coronel...

-Pues no hay que hablar una palabra más. Hemos de ser implacables si queremos salvar la civilización...

Pocas horas más tarde, dos veloces escuadrillas de «golondrinas» iniciaban su tarea sobre el refugio de los invasores y a poco comenzaba a cubrirse el cielo de nubes que fueron adquiriendo densidad, ennegreciendo el horizonte, llevando la inquietud al ánimo de los salvajes habitantes de la selva, no acostumbrados a que en aquella época del año lloviese. Pero no sólo fueron las alimañas las que se alarmaron, sino los extraños seres que habían encontrado allí refugio, organizándose lentamente después de su derrota; disponiéndose a atacar por la espalda tan pronto recibiesen el aviso de sus superiores.

Desde su refugio bajo los árboles frondosos, fuera del alcance de las alimañas, a las que, por otra parte, no les resultaba difícil vencer, habían logrado comunicar con sus congéneres, exploradores en el espacio, y aguardaban impacientes el prometido momento en que aquéllos viniesen con

fuerzas y medios suficientes para el ataque.

Pero las negras formaciones nubosas fueron como un mal presagio para ellos. Poseían sus aparatos de tipo personal con los que podían elevarse; pero tales aparatos no les podían llevar muy lejos y, por otra parte, sentían el audaz vuelo de los aparatos enemigos, que se mostraban implacables.

Continuaban las ágiles evoluciones de las aeronaves de los hombres de la Tierra abarcando toda el amplia área ocupada por los invasores, a los que habían detectado concienzudamente, y a poco sintieron éstos como las nubes, que habían ido engrosando de forma extraordinaria, comenzaban a descargar gruesos goterones que juego, de forma paulatina, se convirtieron en un verdadero diluvio que empapó rápidamente la reseca vegetación y la sedienta tierra.

Los invasores habían acondicionado varios espacios donde habían organizado su vida, pero no tardaron en tener que abandonarlos para refugiarse en las zonas más altas, siendo invadidas las que hasta entonces habían ocupado por las aguas que, desbordadas, lo invadieron todo, sembrando el pavor entre las alimañas, que hubieron de disputar los espacios altos a los hombres, trabándose espantosa lucha en que los dardos eléctricos de los hombres hubieron de entrar en acción.

El rugir de las aguas, el centelleo de los rayos disparados por los hombres, el bramido de las alimañas, llegó a formar un estruendoso desconcierto capaz de imponer el pavor al ánimo más templado, y muchos de los hombres, pese a su ventaja física y de armamento, y a su denodado luchar, cayeron destrozados, siendo aplastados, deshechos, viéndose en muchas ocasiones impotentes a huir de las aguas, resbalando entre las chorreantes ramas de los corpulentos árboles, sintiéndose arrastrados por las turbulentas aguas en las que, por su peso, no podían flotar.

La retirada por tierra quedaba cortada a los invasores, muchos de los cuales lograron supervivir después de la dura lucha mantenida contra las alimañas, desalojándolas de los árboles en cuyas ramas se refugiaron; pero el agua continuaba cayendo implacable, sintiendo que comenzaban a agotarse al hallarse privados de sus alimentos sintéticos esenciales.

Y en su desesperación iniciaron la huída por el aire, buscando los claros de la tupida capa de verdura que los cubría. Pero los aparatos de detección de las «golondrinas», en continua vigilancia, los descubrieron

rápidamente, desencadenando los terrestres un rápido ataque durante el cual muchos de los que huían quedaron desintegrados.

El poco éxito de la probatura les obligó a refugiarse de nuevo en la selva, comenzando la segunda serie de angustiosas horas, y en sus desesperación lanzaron apremiantes llamadas a sus congéneres. Pero las ondas, de poca potencia, eran absorbidas por aparatos especiales de los hombres de la Tierra y al notar que sus llamadas no eran contestadas comprendieron los hombres metálicos que estaban irremisiblemente condenados a morir. Nuevamente la desesperación hizo presa en ellos, cegando el paso a toda esperanza, enloqueciéndolos, llevándolos en masa, tal que si se hubiesen puesto de acuerdo, a una nueva salida, conscientes de que se hallaban irremisiblemente perdidos pero con la esperanza de arrastrar con su gesto de furia a los que pudiesen de los odiados enemigos.

Mas éstos aguardaban tranquilos tal reacción y, deseosos de terminar, dejaron acercarse a la avalancha, encerrándolos luego con rápida maniobra en un círculo de rayos desintegradores que arrasaron rápidamente el campo aéreo, librándolo de los invasores, cuyos restos, en inútil gesto heroico, llegaron hasta muy cerca de las ágiles «golondrinas» tratando de alcanzarlas con sus descargas eléctricas o de estrellarse contra ellas tratando de derribarlas así.

Sólo cuando los aparatos detectores dejaron de acusar la presencia de enemigos se retiraron las «golondrinas», cesando también las maniobras para producir la lluvia que los habitantes de Bradiland consideraron milagrosa, ya que les había permitido verse libres del temible enemigo que les había mantenido en continua alerta...

* * *

El coronel Cris con algunos de sus ayudantes hubo de entrevistarse con Bao Duconte, máximo dirigente de Bradiland, asistido de sus secretarios.

-Yo debo partir en busca del enemigo, pero ustedes deben realizar un esfuerzo si no quieren verse arrollados, destrozados. Sé que resulta difícil, aunque ya no tinto después de lo que han visto, comprender el poder de destrucción que tal enemigo puede poner en juego. Ustedes comprenderían mejor si su civilización estuviese nada más que doscientos cincuenta anos más adelantada, y al hablar así, comparo el tiempo que a nuestra civilización le costó salir del estado en que ustedes se hallan hasta llegar a la Era Atómica.

Ustedes han podido presenciar cómo una simple emisión de rayos invisibles ha podido borrar del espacio una masa de aviones enemigos. A nuestros aparatos les bastaría con someter a esta hermosa ciudad a una emisión de ondas utrasónicas por un tiempo no superior a los veinte minutos, para que no quedase piedra sobre piedra de ella. Y sin embargo, no es nada comparado con lo que pueden lograr los hombres que les atacaron y que es lo que tienen proyectado hacer, no sólo con vuestro país, sino con el planeta entero. Proyectan aniquilar la vida en todo el planeta de un solo golpe y lo malo es que pueden lograrlo. Bastará para ello con que lancen una serie de torpedos atómicos de tipo especial que, al lograr la reacción en cadena de todos los átomos de hidrógeno de la atmósfera, convertirían el planeta en un erial, suspendiendo en el todo principio de vida. Deben hacerse a la idea de que esta guerra es totalmente diferente a todas las que han mantenido hasta ahora, a todas las que conoce su historia. Sus cañoncitos pueden hacer daño a los invasores si éstos cometieran la torpeza de bajar y atacarles como lo hicieron, pero les causarán risa si desencadenan su ataque desde centenares o miles de kilómetros. Yo voy a salir porque también nuestra Tierra y todo el Universo está amenazado. Voy a intentar destruirles la industria de mayor importancia bélica que poseen. La industria y laboratorios atómicos. Pero no deben pensar que con eso habremos ganado la guerra, ni siquiera que hemos alejado gran cosa el peligro. Únicamente habremos arrebatado al enemigo momentáneamente una poderosa arma y con ello habremos ganado un tiempo que nos permitirá hacer frente a la larga guerra si este país es capaz de superarse rápidamente con la ayuda de nuestros técnicos y ponen en pie de producción una industria que nos permita superar al enemigo. Tienen ustedes materias primas suficientes y una economía bastante sana. Yo pondré los técnicos...

-Y si tan poderoso es ese país de ustedes que se llama Tierra y si está tan amenazada como nosotros, ¿por qué no han de llevar una mayor contribución en la contienda? Allí está todo hecho y aquí, por hacer.

-Nuestro planeta se halla a unos nueve mil millones de kilómetros de aquí y por mucho que queramos, a tal distancia no se puede mantener una guerra. Puede ayudar la Tierra, pero el principal esfuerzo debe salir de aquí. Por mucha velocidad que desarrollen nuestras máquinas voladoras, se tarda en llegar bastante desde tales distancias y más de una vez fallarían los

suministros, a los cuales no dejaría de atacar el enemigo. Y la amenaza que pesa sobre la Tierra es real, pero a un plazo largo aún, sin embargo aquí están metidos ya en la madriguera del lobo, el enemigo puede tardar años en llegar allí y antes le habremos dado miles de batallas en el espacio, pero a este planeta no tardarán en llegar, tal vez se hallen ya en camino. Es esto lo que urge defender. A mí me interesa que este planeta no pase a manos de ellos para que no se convierta en una base, en un punto de apoyo en su avance hacia la Tierra; pero ustedes tienen que defenderlo si quieren sobrevivir. Nosotros tenemos opción a escoger entre quedarnos o marcharnos y plantearles las batallas allá donde nos convenga. Ustedes han de aguantar aquí y luchar si desean continuar SIENDO. NO TIENEN OPCIÓN A ESCOGER NADA MÁS QUE ENTRE VIVIR O MORIR, y no creo que la elección ofrezca duda alguna. Si están dispuestos a colaborar en esta lucha, dejaré aquí la mayor parte de mi patrulla y el planeta quedará protegido, por si durante mi ausencia se produjese un ataque. Y mis técnicos se encargarán de levantar la industria a un lugar que ustedes no pueden soñar ni remotamente. Si no desean colaborar, no tendré más remedio que abandonarles a su suerte, por mucho que me duela, y buscar otros puntos de apoyo para mi acción contra el enemigo común, un enemigo que actúa bajo el impulso del odio más feroz, que no vacila en destrozar mundos a su capricho, en sacrificar millones de seres a sus fines...

El anciano Bao Duconte se hallaba convencido de las razones que le había expuesto el coronel español, pero vacilaba, Temía a los políticos de la oposición, a los electores...

En tal momento se produjo una llamada en la radio-teléfono personal del coronel Cris, llegando a sus oídos la voz del comandante Barcia:

-¡Atención, Señor! ¡Comandante Barcia a coronel Crisanto Díaz de la Vega!

-¡Diga, comandante! ¡Soy el coronel!

-Los detectores acusan la presencia de una poderosa formación de aeronaves de modelos desconocidos. Se hallan a una distancia superior a los trescientos mil kilómetros. Las han detectado nuestras avanzadas de «golondrinas», a las que he ordenado que se replieguen sin perder contacto con ellos.

-Muy bien, comandante. Inmediatamente estaré con ustedes... Pongan

en funcionamiento las ondas «drapers» para evitar la detección y revisen los campos de minas...

-Sí, señor. A la orden...

El coronel se dirigió a sus ayudantes;

-Señores. Parece que el enemigo se acerca. Hubiera preferido ser yo quien hubiese tomado la iniciativa.

Bao Duconte comprendió por la expresión de Cris que sucedía algo grave y el capitán Monterroble hubo de informarle de lo que sucedía, el rostro del anciano palideció, evidenciando una verdadera emoción y se dirigió a Cris;

-¿Qué puede hacer, coronel?

-Combatir, si atacan. ¿Y usted, qué piensa hacer?

-Colaborar con ustedes. Es la única salida.

-Eso creo yo también. Ahora no tengo tiempo que perder, pero no tardaremos en vernos. Hasta pronto.

-Hasta pronto, coronel. Que tengan suerte...

El coronel Cris y sus ayudantes se dirigieron rápidamente al roto-avión que les aguardaba en la explanada del puerto, frente a la residencia del anciano Bao Duconte, y una vez en él, se lanzaron audazmente hacia la altura, poniéndose inmediatamente de nuevo en contacto con el comandante Barcia para que les fuera dando informes durante la ascensión.

Había preocupación en los rostros de los españoles y fue el capitán Monterroble quien rompió el silencio;

-¿Cree que resultará bien el invento del profesor Añúa, coronel?

-Debo creer en él. Las pruebas últimas dieron un magnífico resultado. No obstante, las experimentaremos de forma que, si fracasan, no puedan arrastrarnos en su fracaso y tengamos tiempo aún para situarnos y defender al planeta «D-7». Tengo la convicción de que, debidamente informado por sus servicios especiales, nuestros enemigos vienen bien preparados, dispuestos a aplastarnos. Y nosotros debemos procurar que no logren su objetivo. Los destructores de mundos deben llevarse una buena lección...

F I N

Una raza de extraños seres, arrastrada por odios seculares, avanza imponente, destrozando todo allí donde encuentra al HOMBRE.

## «D-3», BASE DE MONSTRUOS

Es una de las bases dominadas por los monstruosos seres, donde un pueblo gime esclavo; donde los «destructores de mundos», reyes de las tinieblas, se agazapan dispuestos a asaltar, a asolar el universo.

¡Cunde, justificadamente, el pánico! Y es en

## «D-3», BASE DE MONSTRUOS

donde un reducido grupo de osados terrestres plantea la más desigual, la más heroica batalla. Allí defienden a la HUMANIDAD, que sigue espantada el desigual duelo

## «D-3», BASE DE MONSTRUOS

Es un ameno y genial relato que el prestigioso autor

A L F. R E G A L D I E

ha escrito para la Colección

*Luchadores del Espacio*

y que aparecerá en su próximo número.

IIP. ARTÍSTICA *Precio 5 pesetas.*